

NOVELAS INOLVIDABLES

Bianca™

Amor para toda la vida

Melissa McClone

Amor para toda la vida
Melissa McClone
3º "Armstrong"



NOVELAS INOLVIDABLES

Bianca™

Amor para toda la vida

Melissa McClone

Amor para toda la vida (2002)
Título Original: His band of gold (2001)
Serie: 3º Armstrong
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1286
Género: Contemporánea
Protagonistas: Will Addison y Kelsey Armstrong Waters

Argumento:

No creía en el amor, ni en el matrimonio, por lo menos para ella. Para los demás, Kelsey Armstrong Waters organizaba las mejores bodas y les deseaba lo mejor. Pero los fracasos matrimoniales de sus padres la hicieron jurarse que nunca recorrería el camino hasta el altar. Hasta que conoció a Will Addison.

Llegó pidiendo ayuda para organizar la boda de su frívola hermana, y contra lo que le decía su instinto, Kelsey accedió. Él era guapo, sexy, un romántico que creía en el amor. Provocaba en ella sueños y sensaciones que creía que nunca experimentaría. Se le estaba olvidando la norma principal: "Recuerda, Kelsley, ¡tú nunca serás la novia en una boda!"

Prólogo

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —la sonriente novia, Su Alteza Real la Princesa Christina Armstrong de Thierry, del principado de San Montico, no dio tiempo a Kelsey a contestar—. Tú serás la próxima en casarte.

Kelsey Armstrong Waters miró el ramo de novia que tenía en las manos. El aroma de los capullos de rosa le hacía cosquillas en la nariz, como tomándole el pelo. Aquel ramo había llegado a sus manos sin que se diera cuenta. Su primer pensamiento fue dejarlo caer al suelo, pero era una de las damas de honor y la organizadora de la boda, de modo que no podía hacerlo. Y tampoco iba a preocuparse por aquel mito tan tonto. Aunque lo dijera su prima favorita.

—Yo no pienso casarme.

—Eso lo dices ahora —sonrió Christina mirando a su marido, el príncipe Richard de Thierry—. Pero cuando conozcas al hombre de tus sueños… Ya verás cómo cambias de opinión.

Kelsey no quería estropearle la boda, así que no dijo nada. La institución del matrimonio podía ser perfecta para Christina y para mucha otra gente, pero a ella no le atraía en absoluto.

—¿Por qué no lo tiras otra vez? Puede que llegue a manos de alguien que crea en esa tradición.

—No podrás evitar que la tradición continúe —sonrió su prima, prácticamente flotando por la sala de baile. Christina vivía un cuento de hadas y después de su boda real nadie podría culparla por estar en

las nubes—. Hay algo mágico en el amor…

Kelsey sabía de primera mano que la mayoría de los matrimonios fracasaban. Sus padres y muchos de sus clientes no eran más que un número para las estadísticas. El matrimonio era tan fácil como decir: «sí, quiero», pero el divorcio era más fácil aún. Triste, pero así era la vida. Y ella no quería saber nada del asunto.

—Yo solo tengo el ramo por casualidad. No tengo el anillo real de San Montico, como tú.

Christina movió la mano y la luz de los candelabros hizo brillar como un prisma el diamante que la había unido al príncipe. Kelsey dio un paso atrás, por si acaso. Un arco iris iluminó el ramo de novia.

—No tienes elección —dijo Christina—. Un día aparecerá tu príncipe encantado y antes de que te des cuenta, estarás casada.

Eso solo ocurría en los cuentos de hadas… aunque a su prima le había ocurrido. Pero Kelsey era diferente. Ella podía tener novio, pero marido…

De eso nada. Demasiados problemas. Demasiado dolor.

—Nunca voy a casarme.

—Nunca digas nunca —sonrió Christina—. Hazme caso.

Capítulo 1

31 de enero: Una pareja perfecta.

Kelsey Armstrong Waters estaba mirándose en el espejo, con una sonrisa en los labios. El velo de encaje antiguo que había comprado en Londres parecía hecho expresamente para la diadema de flores y perlas que había encontrado en París. Cualquiera de sus clientes estaría encantada de llevar una pieza tan exquisita el día de su boda.

Mientras ajustaba el velo, tuvo que parpadear.

Había ocurrido algo increíble. Parecía una novia y se sentía como tal. Radiante, bellísima. El amor, el final feliz, e incluso la magia, parecían llenar el despacho. Una emoción inesperada la sobrecogió y dejó escapar un suspiro.

¿Era así como se sentían todas las novias? ¿Era eso lo que causaba que sus ojos se llenaran de lágrimas?

En ese momento, notó que olía a rosas. Era imposible. Las únicas rosas que había en su despacho eran las del ramo que le tiró Christina el día de su boda, guardado en una urna de cristal para que lo vieran sus clientes. Y las rosas estaban secas. Aquel ramo se había convertido en un icono cultural para los fans de las bodas reales.

Sin duda, Christina soltaría una carcajada si pudiera verla en aquel momento. No, todo lo contrario. Seguramente le diría, emocionada, que iba a ser una novia preciosa.

Pero eso no iba a ocurrir. Ni el ramo de su prima, ni estar probándose aquel velo y aquella elegantísima diadema iban a hacerle

cambiar de opinión. El matrimonio no era para ella.

Frunciendo el ceño, Kelsey volvió a mirarse en el espejo. Probarse el velo había sido una estupidez.

—¿Por qué no me he comido una caja de bombones en lugar de hacer esta tontería? —murmuró, para sí misma.

—A mí también me gustan los bombones —la voz, profundamente masculina, hizo que sintiera un escalofrío.

Pero, aunque estaba sola, no se asustó. Tener la oficina en uno de los edificios más seguros de Beverly Hills le daba tranquilidad. Kelsey se volvió.

En la puerta había un hombre vestido con pantalones de color caqui, camisa blanca y una chaqueta de cuero marrón. Informal, pero elegante. Su pelo castaño caía sobre el cuello de la chaqueta y llevaba el flequillo hacia atrás, de una forma encantadoramente descuidada.

Era, en una palabra, espectacular.

Y considerando que ella conocía a los actores más guapos de Hollywood, eso era decir mucho. Podría haber sido modelo. Tenía la nariz ligeramente torcida, pero eso le daba personalidad. Mucha personalidad. Kelsey sonrió. Sus pómulos parecían moldeados por un artista. Sus labios generosos parecían prometer besos de cine. Y su mirada la hacía sentir como si fuera la mujer más importante del mundo.

«Este es el hombre con el que voy a casarme», pensó.

Aquel pensamiento la dejó sorprendida. Había estado rodeada de hombres guapísimos toda su vida y no se dejaba impresionar fácilmente por una cara bonita. Sin embargo, el aspecto tranquilo y la sonrisa fácil de aquel hombre la atraían de una forma curiosa.

Apenas había dicho unas palabras, pero su encanto parecía envolver la oficina. Una pena que no hubiera oído campanas cuando lo vio; si hubiera sido así…

¿Si hubiera sido así qué? ¿Por qué se estaba comportando como una adolescente?

—Buenos días.

—Buenos días. Estoy buscando a Kelsey Armstrong Waters —sonrió él, mostrando unos dientes perfectos.

—Pues… —Kelsey tuvo que respirar profundamente. No podía recordar la última vez que un hombre la había dejado sin palabras. Tenía veintiséis años, no quince, se dijo—. Yo soy Kelsey Armstrong Waters.

—Entonces es usted a quien estoy buscando.

—¿Qué desea? —preguntó ella, intentando sacudirse aquel extraño sopor.

—Necesito que me ayude a organizar una boda.

La realidad se abrió paso entonces. Aquel hombre guapísimo era

un cliente. El marido de otra mujer.

Sin saber por qué, se sintió decepcionada. Ella no buscaba novio, pero no le importaría nada salir con él un par de veces…

¿En qué estaba pensando? Necesitaba unas vacaciones más de lo que creía. Necesitaba alejarse de novias histéricas y novios angustiados. Afortunadamente, solo faltaban un par de horas para tomar el avión.

—Perdone, no me ha dicho su nombre.

—Will Addison —se presentó él, sonriendo. La sonrisa formaba arruguitas alrededor de sus ojos verdes y le daba un atractivo muy peligroso.

Addison. El apellido le resultaba familiar, pero no se conocían. De eso estaba segura.

—Encantada —dijo Kelsey, estrechando su mano. Al hacerlo, una especie de corriente eléctrica recorrió su brazo y todo su cuerpo hasta llegar a los carísimos zapatos de tacón.

Tenía que concentrarse en otra cosa, se dijo. No podía portarse como una cría.

Aunque medía un metro setenta y cinco, se sentía pequeña al lado de aquel hombre de casi un metro noventa. Dándose cuenta de que el apretón de manos duraba demasiado, apartó la suya, nerviosa.

—Bonito velo —dijo Will entonces, con aquella voz ronca y profundamente masculina—. Está muy guapa vestida de novia.

¿De novia? Ella se llevó la mano a la cabeza. Estupendo, seguía llevando el velo. Menuda forma de recibir a un cliente. Kelsey se quitó el velo y la diadema y los dejó sobre la mesa.

—No voy a casarme, solo me lo estaba probando. Me gusta ofrecer lo mejor a mis clientes.

—Pues la novia que elija ese velo tendrá mucha suerte.

Kelsey se puso colorada. ¿Qué le estaba pasando? Ella no era de las que se ponen coloradas.

—¿Qué deseaba? —preguntó, después de carraspear un par de veces.

—Mi hermana va a casarse y quiere que usted organice la boda.

Su hermana. El pulso de Kelsey se aceleró. Saber que Will Addison no era el novio la alegraba tanto como si una de sus bodas hubiera salido en la mejor revista del mundo. Realmente necesitaba unas vacaciones si un extraño podía hacerla sentir así.

—¿Quiere sentarse?

—Gracias. Bonita oficina.

—Gracias.

Debería sentirse incómodo en un despacho decorado de una forma tan femenina, pero no lo parecía. En absoluto. Y eso la molestó. Aquel era su territorio. Pero Will Addison no parecía incómodo entre velos,

flores, diademas y lazos.

En ese momento, él hizo un gesto con la mano y Kelsey vio un anillo. Una alianza.

Estaba casado.

El hombre de sus sueños era el marido de otra. Sin embargo, había coqueteado… bueno, coquetear no era la palabra, pero…

Tenía que concentrarse, se dijo.

Will Addison no era el hombre de sus sueños. Ese hombre no existía. Kelsey sabía muy bien que era absurdo enredarse en fantasías románticas. Y menos con un hombre casado.

—¿Cuándo se casa su hermana, señor Addison?

—Mis amigos me llaman Will.

—Muy bien, Will —murmuró ella, sacando su agenda—. ¿Cuándo se casa tu hermana?

—El catorce de febrero.

—Lo siento, pero tengo el año próximo completo.

—El catorce de febrero de este año —dijo él entonces, inclinándose un poco hacia delante. Olía a jabón y a una colonia muy masculina. Olía de maravilla.

—Pero estamos a treinta y uno de enero. Solo quedan…

—Dos semanas. Ya sé que debería haber venido antes…

—Lo siento, pero no puedo —lo interrumpió ella, cerrando la agenda. Era mejor así, mucho mejor.

—¿Tienes que organizar otra boda ese día?

Kelsey vaciló un momento.

—Iba a hacerlo, pero la cancelaron cuando la novia conoció a otra persona.

Will sonrió.

—Entonces, puedes organizar la boda de mi hermana.

No era una pregunta, era una afirmación.

—No puedo, lo siento. He decidido aprovechar estos quince días para darle vacaciones a mi personal. Todo el mundo está fuera.

Los ojos del hombre eran como esmeraldas. No, como esmeraldas, no; eran verdes como las acelgas, se dijo. Pero estaba casado.

—Tú no te has ido.

—Me voy de vacaciones a Europa dentro de tres horas —dijo Kelsey, tomando un papel—. Puedo darte el teléfono de otra agencia y…

—No me entiendes —la interrumpió él entonces, pasándose la mano por el pelo—. Tienes que ser tú.

—¿Por qué?

—Porque mi madre y mi hermana quieren que seas tú.

La desesperación en la voz del hombre casi la enterneció. Era un buen actor, muy bueno.

—Si tan es importante para ellas, ¿por qué no han venido personalmente?

—Es un poco complicado.

—Pues lo siento, pero yo no tengo tiempo para complicaciones.

Will la miró directamente a los ojos y Kelsey tuvo que tragar saliva.

—Mi hermana es Faith Starr.

—¿Faith Starr? —repitió ella, furiosa.

Por eso el apellido Addison le resultaba familiar. Era un pariente, un hermano ni más ni menos, de la peor cliente de la historia. Will debía ser aquel hermano mayor que recorría el mundo dirigiendo los hoteles y balnearios de lujo que llevaban el nombre de su madre. Como lo utilizaba Faith, la famosa actriz de Hollywood. Starr Addison era una mujer llena de energía, famosa por su mente para los negocios y sus amistades en el mundo de la política y la vida social.

Pero a Kelsey todo eso le daba igual.

Faith Starr era un monstruo.

Intentando contener la furia, se levantó. Ella era una Armstrong y la habían educado para respetar el protocolo y las buenas maneras, pero solo podía ser amable hasta cierto punto.

—Le ruego que salga de mi oficina, señor Addison —dijo entonces, volviendo a llamarlo por su apellido.

Will se levantó también.

—Comprendo que estés enfadada. Faith no es precisamente…

—Su hermana no es más que una caprichosa estrella de cine que colecciona novios como otros coleccionan cuadros.

Faith Starr, estrella y famosa «novia a la fuga», casi le había provocado una úlcera… cuatro veces en los últimos tres años. Faith era una experta en su oficio de actriz y en organizar bodas de escándalo que se cancelaban unas horas antes. Nunca en su vida Kelsey había trabajado tanto con tan pobres resultados.

—Pero…

—Ya he organizado cuatro bodas para ella. Y no pienso organizar la quinta.

—¿No podemos discutirlo?

—No tengo nada más que decir, señor Addison.

—Pero las circunstancias…

—Mire, entiendo la preocupación por su hermana —dijo entonces Kelsey—. Es muy noble por su parte. Pero yo me dedico a organizar bodas de verdad, no espectáculos para la prensa. Y nada de lo que diga me hará cambiar de opinión.

La mirada del hombre la hizo sentir incómoda. Casi estuvo a punto de pasarse la mano por la blusa para comprobar si estaba arrugada.

—¿Siempre eres tan cabezota?

—Váyase de mi oficina, por favor. Si no lo hace, llamaré a seguridad.

Esperar a Kelsey en el pasillo no era lo que había imaginado hacer aquella mañana, pero no pensaba marcharse hasta que tuviera oportunidad de hablar con ella de nuevo.

Los segundos se convirtieron en minutos, los minutos en una hora. ¿Cuándo pensaba ir al aeropuerto? Will miró la puerta de la oficina. Kelsey Armstrong Waters, organizadora de esponsales. Un título muy sencillo. Una lástima que no hubiera nada sencillo en aquella mujer.

Debería haber empezado la conversación de otra forma, pero Kelsey lo había sorprendido y él no estaba acostumbrado a eso. Y no le gustaba nada.

No debería haberse ofrecido a organizar la boda de su hermana mientras ella terminaba su última película. Faith le había dicho que sería muy fácil. Tan fácil como meter un elefante en un ascensor, se dijo Will a sí mismo. Y la boda no era lo peor.

Will estaba acostumbrado a las mujeres guapas, ricas y seguras de sí mismas. Estaba acostumbrado a que coqueteasen con él y era un experto en quitárselas de encima cuando no le interesaban. Pero nunca iba más allá. Ninguna de ellas le había interesado lo suficiente.

Hasta aquel día.

Algo había ocurrido cuando vio la imagen de Kelsey en el espejo. Se había quedado mirándola como si fuera una obra de arte. La había mirado… emocionado. Alta y esbelta, con una larga melena de color castaño claro, parecía tan joven, tan inocente con aquel velo en la cabeza… La sonrisa que iluminaba sus labios había tocado el corazón de Will. Por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa femenina había hecho que su pulso se acelerase. Y le gustaba. Le gustaba mucho.

Pero, en cuanto Kelsey se dio cuenta de que él no estaba solo, se había metamorfoseado en la profesional seria y distante que era.

Y cuando supo que era el hermano de Faith Starr… Entonces la pasión incendió aquella fría fachada. Sus ojos violeta echaron chispas. Ningún coqueteo, ninguna medida de encanto la habrían hecho cambiar de opinión. Ni siquiera había funcionado la sonrisa de él.

Will no lo entendía. Él siempre conseguía lo que quería de las mujeres. Incluso de Sara.

Sara.

Su corazón se encogió.

¿Qué estaba haciendo? No había pasado los últimos ocho años como un ermitaño, pero tampoco le gustaba sentirse tan intrigado por Kelsey Armstrong. Debía convencerla para que organizase la boda de su hermana. Nada más. Su familia, sobre todo su madre, contaba con

que llevaría a Kelsey al lago Tahoe. Y no podía defraudar a su madre.

La puerta de la oficina de Kelsey se abrió por fin. En cuanto lo vio, hizo un gesto de disgusto.

—¿Qué está haciendo aquí?

El traje de chaqueta gris le quedaba como un guante y Will tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en su cara. Tenía unos rasgos delicados y, a la vez, firmes. Su belleza clásica incluso mejoraría con los años. Los altos pómulos, los labios pintados de color ciruela, la raya negra en los ojos… Iba maquillada a la perfección. Y tenía un precioso lunar junto a la boca.

Ella lo miraba como si fuera un mosquito. Pero le daba igual. Will sabía cómo tratar a las mujeres. Aunque Kelsey no parecía nada fácil.

—Quería pedirte disculpas en nombre de mi hermana. Siente mucho haberte hecho pasar un mal rato.

—¿Cuándo?

—Las cuatro veces —contestó Will.

Kelsey lo estudió detenidamente.

—Muy bien. Te has disculpado. Adiós.

—No te culpo por estar enfadada con Faith, pero escúchame, por favor. En ninguna de las cuatro ocasiones perdiste dinero.

—No, tu madre se encargó de eso. Pero perdí algo mucho más importante, mi tiempo —replicó ella, echándose la hermosa melena hacia atrás. Will sintió una punzada en la entrepierna. «Ignórala, ignórala», se decía—. Y empañó mi reputación. En este negocio, la reputación es lo más importante.

—Tienes razón. Pero Faith ha cambiado. Está enamorada de verdad.

—¿Con qué actor está prometida ahora?

—No es actor.

La noticia pareció sorprender a Kelsey.

—¿Un director de cine?

—No. Se llama Trent Jeffreys y dirige una organización no gubernamental.

—¿En serio?

—En serio. Se encarga de buscar alternativas de vivienda para gente en paro. Incluso ha conseguido que Faith lo ayude en algunos proyectos.

—O sea, que no está en el negocio del cine —murmuró ella, poco convencida—. Pero no creo que un compromiso de dos semanas sea demasiado serio.

—Está prometida desde noviembre.

—¿Y por qué has venido a verme tan tarde?

Ahí empezaba el problema. Era un asunto familiar y Will no deseaba contárselo inmediatamente.

—Como te he dicho, esta vez va a en serio. No más bodas del año. Trent y mi hermana quieren una boda íntima, con unos cuantos amigos y familiares.

—Eso da igual. El Día de los Enamorados no hay ningún sitio libre.

—Pero la ceremonia podría celebrarse en el hotel del lago Tahoe.

Kelsey lo miró, sorprendida.

—Los hoteles Starr nunca han organizado bodas.

—Las reglas están hechas para romperse. Especialmente, para la familia. Desgraciadamente, los planes para la boda de Faith… ¿cómo lo diría? Se nos escapan de las manos. Nosotros no estamos acostumbrados a organizar bodas y necesitamos un profesional.

Ella no dijo nada. Los segundos pasaban. Todo el país sabía lo ricos que eran los Armstrong, de modo que el dinero no era la motivación. Pero, según su madre, la empresa de Kelsey era lo más importante para ella.

—Si aceptas organizar la boda de mi hermana, te permitiremos celebrar otra boda en cualquiera de los hoteles Starr.

Kelsey hizo una mueca. Sí, estaba mordiendo el anzuelo.

—Quiero un contrato en exclusiva con la cadena Starr.

Will estaba acostumbrado a negociar con tiburones de las finanzas. Y Kelsey parecía tan dura como cualquiera de ellos. Algo le dijo que disfrutaría del reto.

—Eso es demasiado.

—Entonces, una boda en cada uno de los hoteles de tu familia.

Aquella chica le recordaba a su madre. Starr le había enseñado todo lo que sabía sobre el negocio.

—De acuerdo. Puedes organizar una boda en cada uno de los hoteles Starr, siempre que trabajes con nuestro personal.

—A ver si lo entiendo… ¿Para conseguir esta maravillosa oportunidad, lo único que tengo que hacer es cancelar mis vacaciones, ir contigo al lago Tahoe y organizar la boda de tu hermana?

—Eso es.

—No.

Will se quedó boquiabierto.

—¿Cómo?

—He dicho que no —repitió Kelsey, colocándose la correa del bolso sobre el hombro—. Ni siquiera el uso exclusivo de los hoteles Starr me haría volver a tratar con tu hermana. Y ahora, si me perdonas, tengo que ir al aeropuerto.

El carácter de aquella mujer lo dejaba impresionado. Pero todo el mundo tiene un precio.

—¿Qué te haría cambiar de opinión?

—¿Tienes alguna otra hermana que quiera casarse?

—Hope ya está casada.

—Pues lo siento.

Will no sabía cómo salir de aquella situación. Solo le quedaba una alternativa: decir la verdad.

—Espera.

—¿Qué?

—Hay algo que no te he dicho.

—No me sorprende —dijo Kelsey, irónica.

Él se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Mi madre era quien iba a coordinar la boda.

—Tu madre es estupenda. Organizará una boda espectacular.

Se equivocaba. Starr Addison podía hacer cualquier cosa, excepto lo único que de verdad le importaba: casar a su hija pequeña.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Mi madre ha sufrido una apoplejía y… —Will tragó saliva—. Según ella, la única persona en la que puede confiar para organizar la boda de mi hermana eres tú.

Capítulo 2

—¿Una apoplejía? ¿Starr Addison?

No era posible. Pero la seria expresión del hombre le decía que era cierto.

—¿Cómo está?

—Las cosas están progresando… lentamente.

Kelsey no sabía qué decir. Recordaba la angustia de su familia cuando su abuela sufrió una apoplejía unos años antes. Las noches interminables hasta que murió, la pobre. Compasiva, tuvo que hacer un esfuerzo para no darle un abrazo. Su esposa se encargaría de consolarlo.

—Lo siento. De verdad.

—Gracias —murmuró él con voz ronca—. Está siendo… un momento difícil para nosotros. Faith quería posponer la boda, pero mi madre ha insistido. Quería seguir organizándolo todo, pero es demasiado para ella.

¿Demasiado para Starr Addison? Kelsey intentaba imaginar a aquella mujer llena de energía y vitalidad recluida en una cama. Era imposible. Starr incluso había ido a hacer snowboard el año anterior… Era una mujer muy segura de sí misma, pero con un talón de Aquiles: su hija pequeña.

Faith había cancelado su boda cuatro veces. Kelsey recibió su dinero en todas las ocasiones, pero nadie le había pedido disculpas. Un simple «lo siento» habría conseguido calmar su enfado, pero ni Starr ni Faith se molestaron.

Había sido una tonta por organizar nada menos que cuatro bodas, pero ya era suficiente.

No habría una quinta.

Además, necesitaba irse de vacaciones urgentemente. Organizar boda tras boda sin tiempo para sí misma, sin tiempo para salir con ningún hombre, la estaba estresando. Un par de semanas en la paradisíaca isla de San Montico con su prima Christina le irían de maravilla. Quizá el consejero del príncipe, Didier Alois, la habría perdonado por rechazarlo. Era un hombre muy atractivo y simpático, aunque se había pasado un poco pidiendo su mano una semana después de conocerla. Si había olvidado el incidente, coquetear con él sería divertido.

—Lo siento, pero tengo que ir al aeropuerto.

—El único deseo de mi madre es ver casada a Faith. Le importa más que su propia recuperación —dijo entonces Will, mirándola con tal intensidad que Kelsey casi dio un paso atrás—. Y tú eres la única que puede ayudarnos.

Lo último que ella deseaba era organizar una boda para la caprichosa Faith Starr. Y se dijo a sí misma que nada ni nadie la

convencería. Pero Starr era una persona a la que apreciaba. Y estaba enferma…

—Mira, lo siento…

—Por favor. Es el sueño de mi madre.

A Kelsey se le hizo un nudo en la garganta. Cerrando los ojos, recordó a su abuela. La apoplejía la dejó incapacitada y apenas tuvieron tiempo para decirle adiós.

En ese momento, una campanita anunció la llegada del ascensor.

—Sé que tu personal está de vacaciones, pero yo te ayudaré —insistió Will—. Dime lo que necesitas y yo lo conseguiré. No sé mucho de bodas, pero aprendo rápido.

El corazón de Kelsey dio un vuelco ante la idea de pasar unos días cerca de aquel hombre. Era totalmente ilógico, ridículo.

No solo no quería organizar una boda para Faith Starr, tampoco quería trabajar con su hermano.

—Supongo que Faith querría encargarse de los detalles de su boda.

—Está rodando una película en Nueva York y no volverá hasta un día antes de la ceremonia. Me hizo prometer que yo me encargaría de todo.

La Faith que ella conocía nunca haría eso. En las cuatro últimas ocasiones, la puntillosa estrella de cine había querido conocer todos los detalles, el color de las flores, el menú, los vinos, la colocación de los invitados…

—¿Faith confía en ti para los preparativos?

—¿Eso es un problema?

—Claro que no. He trabajado con novios… con hombres muchas veces.

—¿Eso significa que lo harás? —preguntó Will entonces, esperanzado.

—Pues…

Las puertas del ascensor se cerraron y Kelsey vio sus vacaciones irse tras ellas.

—No sabes lo que eso significaría para mi madre.

Ella no quería organizar otra boda para Faith. Se había prometido a sí misma que no lo haría. Pero Starr… y su abuela…

—De acuerdo.

—¿De acuerdo qué?

—Organizaré la boda de tu hermana. No voy a decirlo dos veces.

—Muy bien.

Will sonrió de oreja a oreja. Prácticamente estaba dando saltos, como una novia delante del escaparate de la joyería Tiffany.

Al menos, uno de los dos lo estaba pasando bien. Y no era ella. Kelsey no estaría contenta hasta el quince de febrero, cuando la boda de Faith se hubiera celebrado y ella estuviera de vuelta en casa.

—Quiero un contrato exclusivo con la cadena Starr para organizar las bodas que quiera.

—De acuerdo.

—Y mis honorarios acaban de subir.

El dinero no le importaba, pero quería que los Addison pagasen por arruinar sus vacaciones.

—Muy bien —sonrió Will.

Kelsey abrió la puerta de su oficina.

—Necesito llevarme un par de cosas. Y tengo que pasar por mi apartamento para buscar la maleta. Voy a tardar un poco, así que no tienes que esperar.

—No me importa esperar.

—Como quieras.

—No sabes lo que esto significa para mí —dijo entonces Will, tocando su hombro.

La respuesta que provocó el roce la aturdió. Era como si hubiera calentado cada fibra de su cuerpo.

—Vamos a dejar las cosas claras —dijo Kelsey, apartándose. Estaba acostumbrada a cortar de raíz los coqueteos de algunos de los hombres más guapos de Los Ángeles. Y Will Addison no era diferente —. No estoy haciendo esto por ti. Lo hago por tu madre.

—Lo entiendo.

—¡Y te juro que si Faith no se casa esta vez…!

—Se casará, no te preocupes —la interrumpió él, con una sonrisa.

Kelsey levantó los ojos al cielo. O, más bien, al techo de escayola.

—¿Quieres apostar algo?

Los ojos del hombre brillaron, divertidos.

—No hace falta apostar. Faith se casará con Trent, estoy seguro. Él es diferente de los otros. Es un tipo serio, comprometido. Faith ha encontrado al hombre de su vida.

—Ya, ya.

—En serio, es su alma gemela, el hombre al que ha esperado siempre.

Kelsey hizo una mueca. ¿Lo estaba diciendo en serio? No podía ser, los hombres no soñaban con esas cosas. Especialmente, los hombres casados.

—¿No me digas que crees en el amor eterno? —preguntó, echándose la melena hacia atrás.

—Que sea un hombre no significa que…

—¿No puedas ser romántico?

—No hay nada de malo en ser romántico —protestó Will—. A las mujeres les gustan los hombres románticos.

Ella se encogió de hombros.

—A algunas mujeres, no a todas.

—Pues me dan pena las mujeres que no creen en el amor.

Los hombres que creían en finales felices solían ser horriblemente feos, pensó Kelsey. Pero aquel romántico empedernido era guapísimo. Una lástima que ella no creyera en esas nociones románticas. No, no era una lástima. Kelsey sabía que no eran ciertas.

—¿Te importaría echarme una mano? —le preguntó, entrando en el almacén.

Entre los dos, llevaron al despacho un baúl de piel que, desde Estambul a Caracas, le había salvado la vida muchas veces.

—¿Qué hay aquí?

—Todo lo que necesito para no perder el tiempo. No te puedes imaginar las cosas que pueden faltar dos horas antes de una boda —contestó Kelsey, echando un vistazo al contenido del baúl—. ¿Faith tiene ya vestido de novia?

—Sí.

—Ah, claro. En realidad tiene cuatro.

Will soltó una carcajada. Tenía sentido del humor. Aunque a ella le daba igual que lo tuviera o no.

—No creo que vaya a ponerse ninguno de ellos.

—¿Tiene velo, diadema, accesorios?

—Mi madre pensaba encargar el velo a unas bordadoras españolas, pero con lo de la apoplejía…

—No importa. Yo tengo varios. ¿Sabes cómo es el vestido?

—No. Es un secreto.

—Sin problema —murmuró ella, guardando una serie de tiaras, diademas de flores y velos de varios tamaños y géneros—. Me llevaré todo esto, por si acaso.

—¿Y el que llevabas esta mañana?

A Kelsey no le hacía gracia que nadie se pusiera aquel precioso velo de encaje antiguo, pero debía admitir que a Faith le quedaría precioso.

—Muy bien. Me lo llevaré.

—¿Necesitas alguna cosa más?

—¿Te importa traer la caja de herramientas del almacén?

—¿Una caja de herramientas? —repitió Will, atónito.

—Trucos del oficio.

Y, en aquel momento, necesitaba usar todos los trucos que conocía para llenar el baúl en presencia de Will Addison sin que le temblaran las manos.

—¿Qué trucos son esos?

—Agujas, botones, alfileres, imperdibles, un botiquín de primeros auxilios, laca de uñas, laca para el pelo y cosas por el estilo.

—Veo que estás muy preparada.

—Tengo que estarlo. Mis clientes no esperan menos de mí. Quiero

estar segura de que el día de su boda sea un día perfecto, el más feliz de sus vidas.

Will la miró con una expresión rara.

—El día de la boda solo es el primero de muchos otros días.

Echando mano de toda su fuerza de voluntad, Kelsey intentó no mirar al cielo.

—¿El día de tu boda no fue el más feliz de tu vida?

La pregunta pareció pillarlo desprevenido, pero solo un momento.

—Sí, fue el mejor día de mi vida.

El tono con el que pronunció la frase tocó una fibra de su corazón. Su esposa era una mujer afortunada. O lo sería hasta que el matrimonio se rompiera. Sin duda no llevaban mucho tiempo casados.

—Todos los novios merecen una boda maravillosa. Incluso tu hermana.

—Te tomas tu trabajo muy en serio.

—Por supuesto —sonrió Kelsey.

—Entonces, también eres una romántica.

—Yo no diría eso —replicó ella ante la ridícula noción. Nadie que la conociera diría que era una romántica—. Soy más bien… realista.

Una realista que conocía la verdad: no había amores eternos, no había finales felices.

Kelsey vivía en Brentwood, uno de los mejores barrios de Los Angeles. Sentado en el salón del dúplex, Will pensaba en la mujer que iba a coordinar la boda de su hermana. No había aceptado el encargo desinteresadamente. Le pagarían muy bien y recibiría, además, un contrato exclusivo para organizar bodas en la cadena de hoteles Starr. Pero en sus ojos había visto una genuina preocupación por el estado de salud de su madre. Realmente, lamentaba que estuviera sufriendo.

Desde la puerta de lo que Will supuso era su dormitorio, Kelsey se asomó con un neceser en una mano y un móvil en la otra.

—Voy a tardar cinco minutos. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Observarla guardar un millón de cachivaches en aquel baúl había sido como ver a Tiger Woods jugar al golf. Aquella chica hacía las cosas con precisión, con seguridad.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

No lo sorprendía. Nunca había visto a una persona tan eficiente y organizada. No decía más que lo necesario y lo miraba como miraría a cualquier cliente. Debería estar contento, pero no podía dejar de recordar la cara de felicidad que tenía mientras se probaba el velo ante el espejo. Kelsey Armstrong Waters era una mujer contradictoria.

A primera vista, era una persona estricta y muy profesional, pero

se preguntaba cómo sería por dentro.

A Will se le daba bien juzgar a la gente. Durante los últimos diez años, había aprendido a anticiparse a los caprichos de sus clientes, pero tenía problemas para analizar a Kelsey. Con un traje de diseño, maquillaje aplicado a la perfección y las joyas justas y necesarias, podría ser una de sus ricas clientes. Pero no era como las demás mujeres.

En absoluto.

Y eso lo tenía intrigado. No quería fijarse tanto en ella. No podía permitirse distracciones. A pesar de la atracción, o lo que fuera que sentía por Kelsey, tenía que concentrarse en la boda de su hermana. Eso era lo importante.

En dos semanas, Faith estaría casada, su madre estaría contenta y la intrigante organizadora de esponsales, fuera de su vida. Dos semanas. Solo catorce días.

Will miró las fotografías que cubrían las paredes. La mayoría eran retratos de la familia Armstrong: políticos, abogados, médicos. Lo más parecido a la aristocracia que había en Estados Unidos. La fotografía más reciente estaba tomada frente al palacio real de San Montico. La boda de Christina Armstrong, el verano anterior, había sido el evento social del año, emitido en directo por muchas cadenas de televisión.

Kelsey asomó de nuevo la cabeza.

—Si te aburres, puedes leer una revista. Ya estoy terminando.

Cuando desapareció, Will miró las revistas de moda y sociedad que había sobre la mesa. También había algún álbum de fotos.

La curiosidad le hizo abrir uno de ellos. Era un álbum de recortes de periódico. Las famosas bodas de Kelsey Armstrong.

De nuevo, lo sorprendía. Alguien que se toma tanto interés para recordar cada una de las bodas que ha organizado tiene que ser sentimental.

Cada página contenía fotografías publicadas por algún periódico, local o nacional. También había fotografías de los contrayentes y trocitos de cinta o flores secas del ramo de la novia. Debajo de las fotos, había anotaciones y comentarios.

Will siguió pasando páginas. Cada boda era diferente. Desde estrellas de cine hasta figuras de la política. Kelsey había conseguido organizar algunas bodas realmente espectaculares.

Era justo lo que necesitaba. Lo que su madre necesitaba, se corrigió a sí mismo. Y Faith. No él.

Abrió un segundo álbum, esperando encontrar más recortes y fotos de bodas. Pero se había equivocado. Aquel era… un álbum de divorcios.

Will frunció el ceño. No podía creer lo que estaba viendo. Feas acusaciones en los periódicos, confesiones lacrimosas, fotografías de

rostros amargados. Su clientela conseguía la misma cobertura periodística para una boda que para un divorcio. En la parte superior de cada página, Kelsey había anotado el tiempo, a veces solo meses, que duró el matrimonio.

Era muy extraño. El primer álbum mostraba cuánto le gustaba su trabajo, cuánto cariño ponía en cada boda, pero el segundo era justamente lo contrario. No lo entendía.

Kelsey apareció en ese momento con una maleta en la mano y una bolsa de viaje al hombro.

—Estoy lista.

Will vaciló un momento. Empezaba a preguntarse si aquella chica era la persona adecuada para organizar la boda de su hermana. Pero estaba dándole demasiadas vueltas al asunto. En realidad, Kelsey no era responsable de los divorcios de sus clientes. Simplemente, se limitaba a dejar constancia de ello.

Quizá solo estaba buscando una excusa para no tener que pasar dos semanas con ella.

—Vamos, el avión está esperando.

Tuvieron un vuelo movidito y Kelsey comprobó su cinturón de seguridad doscientas veces. Pero no sabía si era por las turbulencias o por la presencia de Will Addison.

No podía dejar de oler su colonia, de notar su proximidad. Empezaba a sentirse claustrofóbica. Ojalá tuviera un paracaídas.

No entendía qué le pasaba. O, más bien, entendía qué le estaba pasando y se sentía fatal. Will estaba casado y, sin embargo, se sentía atraída hacia él.

Para Kelsey, un hombre casado era peor que un leproso. Ella nunca rompería un matrimonio. Antes se sacaría los ojos.

Sabía muy bien lo que la infidelidad podía hacerle a un matrimonio. Su padre fue el primero, pero su madre había seguido sus pasos casi inmediatamente. Las acusaciones, las peleas, las lágrimas… Cade, su hermano, y ella habían sufrido mucho durante la terrible batalla por su custodia.

Will estiró las piernas en ese momento. La rozó sin querer y Kelsey se apartó como si la hubiera quemado.

Algo le decía que iba a tener que repetir aquel movimiento muchas veces durante las dos semanas siguientes.

—¿Por qué te dedicas a organizar bodas? —preguntó Will, de repente.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía nueve años. Cuando quisieron casarse de nuevo, nos pidieron opinión a mi hermano y a mí. A Cade le daba igual, pero a mí me hizo ilusión. Cada vez que volvían a casarse…

—¿Cada vez?

—Mi padre se ha casado ocho veces, mi madre seis. Ahora está prometida con el que será su séptimo marido —explicó Kelsey. No era ningún secreto para nadie; los Armstrong eran una de las familias más conocidas del país—. Como puedes imaginarte, adquirí una gran práctica organizando bodas.

—¿Y por qué elegiste Beverly Hills para abrir tu negocio?

—Cuando tenía trece años mi madre se casó con un productor de cine y nos fuimos a vivir a Beverly Hills. Es su tercer y quinto marido.

Will abrió los ojos como platos.

—¿Se casó con él dos veces?

—Y se divorció dos veces —contestó ella.

—Tu familia es muy diferente de la mía.

—Lo sé. Tus padres llevan mucho tiempo juntos.

—El divorcio es una palabra fea en mi casa —sonrió Will—. Ningún Addison se ha divorciado nunca.

—¿Ninguno?

—Ni mis abuelos, ni mis tíos ni mis primos.

—Es increíble.

—Pero cierto —dijo él, con una nota de orgullo—. Todos hemos tenido suerte.

—Todos menos Faith.

—Aún no se ha casado.

—No me lo recuerdes —suspiró Kelsey—. Entonces, ¿los Addison permanecen casados aunque su matrimonio sea un desastre?

—No creo que haya ningún matrimonio desastroso en mi familia.

Y hay un cofre de oro al final del arco iris, pensó ella, irónica.

—A mí me parece que lo del matrimonio es una lotería.

—¿Y eso lo dice una organizadora de bodas? —preguntó Will, levantando una ceja.

—Por supuesto. Por eso me tomo mi trabajo tan en serio. Cada novia merece sentirse como una princesa y cada novio, como un príncipe. Lo menos que puedo hacer es organizar para ellos un día inolvidable. Un día que recuerden cuando las cosas se pongan feas.

—¿Por eso guardas un álbum de los divorcios? No he visto álbumes con fotografías de matrimonios felices, niños recién nacidos…

Kelsey se quedó sorprendida. ¿Por qué habría tenido que mirar eso? Ella no le había dado permiso. Pero Will era un cliente. Sería mejor no enfadarse con él. Además, le daba igual.

—Pocos matrimonios duran para siempre.

—A mí me parece un lazo que puede unir a dos personas para toda la vida.

Ella había visto demasiados matrimonios fracasados como para creer que los Addison hubieran encontrado la piedra filosofal.

—¿Tú has encontrado a tu alma gemela?

—Desde luego.

Lo decía convencido. Qué romántico, pensó ella. Kelsey no podía ignorar su curiosidad por la mujer que había capturado el corazón de Will Addison.

—¿Cómo supiste que era la mujer de tu vida?

—Lo supe el día que la conocí.

—¿Y cómo os conocisteis?

Will miró por la ventanilla del avión. El sol empezaba a ponerse.

—En el instituto. Un día, los chicos de clase jugamos a escribir nuestros nombres en un papel. Si alguna de las chicas conseguía quitártelo, eras suyo durante todo el día.

Will y su mujer habían sido novios desde crios y seguían juntos después de tantos años. Era increíble.

—Suena… simpático.

—Sara, mi mujer, era nueva en el instituto. Yo en realidad no le había prestado atención porque era muy tímida…

—¿Ella te quitó el papel? —preguntó Kelsey. Will asintió—. ¿Y así supiste que era tu alma gemela?

—En cuanto la vi sonreír. Entonces supe que ella era la mujer de mi vida.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Dos días después de graduarme en la universidad, nos casamos. Hace diez años.

—Eras muy joven.

—Ojalá me hubiera casado antes.

¿Cómo podía seguir pensando así después de diez años? Y sus ojos se habían humedecido. Para Kelsey aquello era tan difícil de creer como que había vida en Marte.

—Estoy deseando conocer a tu mujer —dijo, para romper el silencio.

—Me temo que eso no será posible —murmuró Will—. Sara… murió en un accidente de tráfico hace ocho años.

Capítulo 3

Kelsey se quedó petrificada. Aunque era capaz de lidiar con las situaciones más difíciles, aquello la había dejado sin habla.

—Lo siento —murmuró, incómoda.

—Gracias.

Era evidente que su corazón seguía perteneciéndole a Sara. Después de tanto tiempo. Era increíble.

—Lamento haber…

—No te preocupes.

—Como sigues llevando la alianza…

—No pasa nada, Kelsey.

Ella, que era famosa por sus buenas maneras, por no meter nunca la pata… Pues empezaba bien.

El silencio, roto solo por el ruido de los motores del avión, empezaba a ser insoportable. No tardarían mucho en llegar al aeropuerto, pero el viaje le parecía interminable. No recordaba que Starr o Faith le hubieran hablado de un hermano viudo. Nadie lo había mencionado.

Will debía tener treinta y dos o treinta y tres años. Un hombre muy joven. Sara había sido el amor de su vida y debió de amarla mucho si su recuerdo era suficiente, pero para Kelsey era difícil creer que alguien pudiera amar a otra persona de tal forma.

—Iremos directamente al hotel. He pedido que te reserven una suite.

—Gracias. Veo que estabas muy seguro de que iría.

—Digamos que tenía esperanzas —sonrió Will—. Podemos empezar a trabajar mañana mismo.

—No hace falta que me ayudes. Puedo hacerlo sola.

—Seguro que sí. Pero será más fácil si trabajamos juntos.

¿Más fácil para quién? Kelsey estaba empezando a pensar que sería más fácil sobrevivir si se tiraba del avión que pasando catorce días con Will Addison. Pero, por supuesto, solo eran nervios. Nervios, ¿por qué?

Trabajar con él no sería tan difícil. Era un hombre interesante, guapo, encantador…

Y un romántico que vivía enamorado del recuerdo de su esposa.

No tenían nada en común. Las dos semanas pasarían volando.

El camino desde el aeropuerto hasta el lago Tahoe transcurrió sin problemas. Era de noche cuando Will aparcó el jeep frente al hotel.

Los copos de nieve les dieron la bienvenida y Kelsey tuvo que subirse el cuello de la chaqueta, mirando alrededor. Casi parecían estar en los Alpes suizos. El encantador hotel, construido en madera, era fabuloso y las luces encendidas en todas las habitaciones daban

una agradable sensación de calidez en medio de aquel paisaje blanco.

Cuando iban a entrar, se fijó en dos hombres que hablaban con un botones. Kelsey se quedó helada. Garrett Malloy y Fred Silvers eran fotógrafos de una revista de cotilleos que despellejaba a los famosos. Si aquel «dúo dinámico» la veía allí, la boda de Faith se convertiría en un carnaval.

—Tenemos un problema.

—¿Solo uno?

—Dos —contestó Kelsey, señalando a los hombres—. Son *paparazzi*. Matarían por conseguir una foto de la boda de Faith.

Will frunció el ceño.

—Yo no se lo he contado a nadie, excepto a mi secretaria. No pueden saber nada.

Los dos hombres se estaban acercando a ellos. Un metro más y… Kelsey miró a Will.

Momentos desesperados exigen medidas desesperadas, pensó ella, enredando los brazos alrededor de su cuello. Estaba calentito. Y olía tan bien…

No debería estar disfrutando tanto.

—¿Qué haces?

—Escondiéndome.

—Pero estás llamando la atención…

—No digas nada —murmuró Kelsey—. Disimula.

Cuando los pasos en la nieve se hicieron más cercanos, Will la apretó contra sí. Mucho. Tanto que pensó que iba a atravesarla con los botones de la chaqueta.

Entonces, de repente, Will cubrió su boca con la suya. El roce de aquellos labios masculinos la hizo cerrar los ojos. Era mejor que un beso de sueño. Mucho mejor. Más dulce que un postre de chocolate, más cálido que un jersey de cachemir. Kelsey abrió los labios para recibir la caricia de ese hombre.

—Para eso hay habitaciones —rió uno de los fotógrafos.

El sabor de los labios de Will, el calor de aquellos brazos alrededor de su cintura… era embriagador.

Cuando él dio un paso atrás, Kelsey casi cayó de bruces en la nieve. Tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar la compostura. Y la respiración.

—Ya se han ido.

Aparentemente, el beso no lo había afectado. Al contrario que a ella.

Era como si acabara de correr el maratón de Nueva York. Ni siquiera el aire frío de la noche conseguía calmarla. Nunca la habían besado de ese modo. Y nunca un beso la había dejado tan turbada.

—¿Es posible que tu secretaria…? —preguntó, después de toser

varias veces para disimular.

—La confidencialidad es primordial en mis empleados. Además, los invitados creen que vamos a celebrar el trigésimo quinto aniversario de la boda de mis padres.

—¿Un aniversario?

—Mis padres también se casaron el día de San Valentín.

—Ah, muy bien. De ese modo, a nadie le extrañará que Faith venga a pasar unos días.

—¿No sospecharán si te ven aquí? —preguntó Will entonces—. Tú solo organizas bodas.

Kelsey respiró profundamente.

—Es cierto. Pero, ¿cómo voy a organizar una boda sin que me vea nadie?

—Tendrás que pasar inadvertida. Al menos, hasta el día del evento.

—Puedo trabajar a primera hora de la mañana o por las noches, no me importa. Comeré en la habitación y…

—¿Y cómo vas a verte con los proveedores?

—Ya me las arreglaré —sonrió ella—. He organizado bodas secretas muchas veces.

—Pero esos fotógrafos pueden sospechar.

—Entonces, lo mejor será que me aloje en otro hotel. Si alguien pregunta qué hago aquí, podemos decir que estoy buscando un sitio en Tahoe para organizar una boda. Alquilaré un coche y…

—No —la interrumpió Will—. Puedes quedarte en mi casa.

—¿En tu casa?

—Hay un camino que conecta mi casa con la puerta de servicio del hotel. Es un paseo muy agradable.

Kelsey lo miró, incrédula.

—¿Alojarme en tu casa?

—Es lo mejor. Si los fotógrafos están esperando a Faith, se aburrirán dentro de un par de días. Cuando se vayan, podrás ocupar tu habitación en el hotel.

Un par de días. No sonaba tan mal… a menos que el beso se repitiera. Y no iba a repetirse. ¿Por qué iban a besarse otra vez?

—Muy bien. De acuerdo.

Will intentaba concentrarse en la carretera. Pero no podía dejar de pensar en aquel beso.

—¿Te importa si pongo la radio? —preguntó Kelsey.

—Hay una caja de discos compactos entre los asientos, si te apetece.

—Gracias.

Tan amable. Tan educada. Y él debía aparentar que el beso no lo había afectado en absoluto. Había habido otras mujeres en su vida después de Sara, pero ni una sola relación que hubiera considerado ni

remotamente seria. Nada importante, nada que hubiera querido proseguir.

Pero con Kelsey…

Solo había sido un beso, pero era como… como si ya la conociera. Como si ya se hubieran besado. Era absurdo, pero quería volver a hacerlo. Una y otra vez.

No tenía ningún sentido.

Sara era la única mujer que lo había hecho sentir de ese modo.

Cuando Kelsey se inclinó, volvió a respirar su perfume. Un aroma apasionado, seductor, cálido…

Will se miró la alianza e intentó recordar el perfume de Sara. Era ligero, dulce y suave, como el de ella. Pero no lo recordaba. ¿Qué le estaba pasando? Debería recordarlo, debería acordarse de su mujer.

—Este es mi favorito —dijo Kelsey entonces, pulsando el botón—. Lo tengo en casa.

Las notas de un blues llenaron el coche. También era uno de los favoritos de Will, pero en aquel momento cualquier cosa sería mejor que aquella música suave que llenaba su mente de seductoras imágenes.

De nuevo, se cuestionó qué estaba haciendo. Beso o no beso, llevarla a su casa era una insensatez. Aunque tuviera ocho habitaciones. Desgraciadamente, no tenía opción. La invitación había salido de su boca sin que pudiera evitarlo.

«Alquilaré un coche», pensó.

Sara le había dicho esas mismas palabras por teléfono ocho años antes. Volvía de la universidad y estaba deseando verlo. Pero una carretera helada se lo había impedido. El hielo hizo patinar el coche y se llevó la vida de su mujer.

Con el corazón encogido, Will puso el intermitente e intentó apagar las emociones que se habían encendido dentro de él.

Solo dos semanas y Kelsey estaría fuera de su vida, se dijo.

—Bienvenida a mi casa.

—Es muy bonita —sonrió ella—. No esperaba encontrarme una mansión victoriana en medio de la nieve.

El hermoso jardín delantero y las ventanas iluminadas daban una impresión cálida y acogedora.

—La construyeron mis abuelos y mis padres la convirtieron en un albergue. Los humildes principios de la cadena de hoteles Starr.

—¿Tú creciste aquí?

—Sí. Mis padres se hicieron otra casa hace unos años y, como manda la tradición familiar, dejaron esta a su primogénito. En mi familia, las tradiciones son muy importantes.

—Con toda esta nieve, parece un paisaje de cuento —sonrió Kelsey —. La verdad es que sería un sitio precioso para una boda.

—Esta casa no entra en el trato.

—Me refiero a la boda de Faith. Imagina a los novios despidiéndose en un trineo tirado por caballos…

—Y dices que no eres romántica.

—Me dedico a organizar bodas y las bodas tienen que ser románticas. Pero eso no significa que yo lo sea.

Kelsey se hacía la dura, pero no sabía lo que se estaba perdiendo, pensó Will mientras sacaba las maletas.

—Ten cuidado, no resbales.

—Estoy acostumbrada a la nieve.

—¿Te gustar esquiar?

—Me encanta. Mi familia, la rama de los Armstrong, pasa las navidades en las montañas de Colorado. Mi hermano Cade y yo vamos cada dos años.

—¿Por qué cada dos años?

—Porque pasamos un año con la familia de mi padre y otro con la de mi madre.

—¿Cuándo fuiste a esquiar por última vez?

—La verdad, hace bastante tiempo. Tengo muchísimo trabajo. La gente no deja de casarse.

Will dejó las maletas en el suelo y sacó las llaves del bolsillo.

—Gracias por dejar tus vacaciones para organizar la boda de mi hermana.

—De nada. Me hacía falta salir de Los Angeles.

—Aquí se puede respirar. Y el aire fresco es bueno para el alma.

—Cualquier cosa es mejor que el humo de Los Ángeles.

—¿Por qué vives allí?

—Es mi casa. Uno se acostumbra al tráfico, a la polución y a la gente rara.

Will nunca podría acostumbrarse.

—Pues pareces muy normal para vivir en una ciudad de locos como Los Ángeles.

—Espero que eso sea un halago —rió Kelsey.

—Claro que sí —dijo él, haciendo un gesto galante con la mano—. Entre, señorita.

—Gracias. ¿También apartarás mi silla cuando me siente?

—Por supuesto —sonrió Will—. Mis padres me educaron a la antigua.

Cuando entró en la casa, Kelsey se quedó boquiabierta.

—Es preciosa. Imagino a tu hermana bajando esa escalera, la alfombra roja, la barandilla forrada con una tela de raso… Una boda victoriana para hacer juego con la casa.

Él la miró, confuso.

—¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué?
—¿Cómo puedes imaginar una boda si no crees en ella?
—Es un don —contestó Kelsey, quitándose la chaqueta—. Ah, mira quién está aquí —sonrió, inclinándose para acariciar a un gatito que solo tenía tres patas.
—Se llama Midas —explicó Will, sorprendido al ver que el animal lamía la mano de Kelsey. Nunca lo había hecho con nadie. Cuando ella lo tomó en brazos, el felino pareció derretirse de emoción. Midas, que era el terror de todo Tahoe.
—Pobrecito.
Cuando volvió a dejarlo en el suelo, la bolita de pelo se pegó a su pierna. Y Will no podía culparlo. Hay cosas peores en la vida que restregarse contra aquella pierna tan bonita.
Y debía admitir que Kelsey era muy guapa.
—¿Quieres ver tu habitación?
—Sí, gracias.
Mientras subían la escalera, Will intentó ignorar su perfume. Todo en ella desprendía sensualidad. Sería tan fácil…
Pero no podía hacerlo.
Con Kelsey, no. Era peligrosa. Un par de horas con ella y estaba empezando a sentirse raro, como si un millón de alfileres quisieran despertar a la vida algo que llevaba mucho tiempo dormido.
—¿Te importa contarme qué le ha pasado a ese pobre gato?
—Un accidente de coche. El sobrevivió, Sara… no pudo hacerlo.
—Oh, no.
Los recuerdos de aquel día terrible siempre le encogían el corazón y tuvo que pararse en medio de la escalera.
—Al principio, no quería ni ver a Midas. Era el gato de Sara. Y cuando ella murió… no entendí que él hubiera sobrevivido.
Kelsey tocó su brazo. Will no quería reconocer cuánto le gustaba el roce, cómo necesitaba ser tocado, acariciado.
—Déjalo. No tienes que contármelo.
—Hubiera sido más fácil para él haber muerto. Un animal con tres patas… el pobre debió perder seis de sus siete vidas en el accidente —siguió diciendo él, mientras abría una puerta—. Estás en tu casa.
—Gracias. Es una habitación muy bonita.
—Subiré la maleta cuando haya terminado con la cena.
—No tengo hambre, así que no te molestes.
—No es molestia.
Will quería marcharse, pero no podía hacerlo. Era casi como si la distancia entre ellos no fuera un espacio vacío sino una cuerda que los conectaba. No había sentido aquello desde…
No, él ya había conocido el amor, el amor de verdad.
No encontraría otro jamás.

Y no era tan malo vivir solo. Tenía su familia, su trabajo. Le hubiera encantado tener hijos, pero eso no estaba en su destino ni en el de Sara. Tenía tres sobrinos, los hijos de Hope. Eso era más que suficiente.

—Voy a arreglarme un poco —Kelsey rompió el silencio por fin.

—Yo estaré en la cocina —dijo Will, observando cómo Midas entraba tras ella en el cuarto de baño—. Traidor —murmuró, sintiéndose a la vez traicionado y celoso.

Capítulo 4

1 de febrero.

Frente a la puerta del precioso hogar de Bill y Starr Addison, Kelsey se preguntaba cómo había llegado a aquel sitio. La respuesta era obvia: en el coche con Will. Pero lo que no sabía era por qué había ido allí.

Algo le estaba ocurriendo. Y no le gustaba. Aquella noche había tenido el sueño más sublime de su vida. Un sueño de cuento de hadas, con una boda de cine y un novio que se parecía mucho a Will. Sin duda, probarse el velo de encaje el día anterior había llenado su mente de ideas absurdas. Y el beso…

No podía quitarse aquel beso de la cabeza. Ni a Will Addison. ¿Qué le estaba pasando?

Su prima Christina era la que creía en cuentos de hadas. Y había tenido la suerte de vivir uno de ellos. La leyenda de San Montico decía que quien pudiera ponerse el anillo real sería la esposa del príncipe y así fue. Pero las leyendas no se hacen realidad todos los días.

En ese momento sonó un timbre. Kelsey tardó un segundo en darse cuenta de que Will había llamado a la puerta y las campanitas no eran parte del ensueño.

—Qué alegría volver a verte, Kelsey —la saludó Bill Addison. Bill era una versión madura de su hijo; los mismos ojos verdes, la misma sonrisa—. Nos alegramos mucho de que hayas venido a organizar la boda de Faith. Mi mujer está deseando verte.

—Gracias, yo también me alegro de haber venido. Por cierto, yo no conocía a Will… ¿Los dos os llamáis William?

—Yo soy William Drake Addison III. Will es el IV. Cuando las chicas empezaron a llamar a casa preguntando por él, decidimos que lo mejor era usar nombres diferentes.

Will carraspeó.

—Papá, no creo que a Kelsey le apetezca escuchar viejas historias.

—No te preocupes, hijo. No voy a contarle batallitas. Pero entrad de una vez. Hace frío ahí fuera.

—¿Cómo está mamá?

—Mejor. Anoche durmió bien.

—Estupendo —la sonrisa de Will podría haber derretido toda la nieve que había alrededor—. Voy a verla.

—Está en el salón.

Los techos de la casa estaban sujetos por antiguas vigas y las paredes, forradas de madera, daban una sensación muy cálida. Desde las ventanas podía verse el lago Tahoe y la chimenea encendida daba el toque final. Una casa deliciosa.

Al lado de la chimenea estaba Starr Addison, tan guapa como siempre. Lo único diferente en ella era la silla de ruedas.

Starr sonrió al verla. Kelsey notó que la sonrisa era un poco torcida, debido a la apoplejía, y sintió compasión.

—¿Me has echado de menos, mamá? —sonrió Will.

Starr acarició el rostro de su hijo con la mano izquierda. La derecha estaba escondida bajo una manta.

—Ya sabes que sí.

—Kelsey va a organizar la boda.

—Gracias… por venir.

Cada palabra era pronunciada con cuidado, como si le costara un gran esfuerzo. Afortunadamente, podía hablar. Kelsey recordó a su abuela que, después del ataque, no podía comunicarse. Afasia, les había dicho el médico… Pero era mejor no recordar cosas tan tristes.

—Me han dicho que tenemos mucho trabajo por delante.

—Faith ha encontrado por fin… al hombre de su vida —sonrió la mujer.

Evidentemente, el entusiasmo romántico era típico de aquella familia. Mientras no fuera contagioso…

—Me alegro por ella.

—Pero falta poco para el… Día de los Enamorados —dijo Starr entonces, con expresión preocupada.

—Todo saldrá bien.

—Sabía que podíamos contar contigo.

—Dime qué tienes en mente para la boda —dijo Kelsey entonces, sentándose en el sofá.

Los ojos de Starr brillaron de alegría.

—Mis archivos… —empezó a decir, señalando una habitación.

Bill puso una mano sobre el hombro de su mujer.

—Antes de poneros a discutir preparativos, tenemos que desayunar.

Kelsey se dio cuenta de que aquella era una pareja afortunada. Una de las pocas que no había abandonado el barco del matrimonio.

—No hay prisa, mamá —intervino Will—. Roma no se hizo en un día y tampoco la boda de Faith. Recuerda lo que dijo el médico.

Starr iba a decir algo, pero pareció pensarlo mejor. La luz había desaparecido de sus ojos. Kelsey no sabía si tenía problemas para hablar o la angustiaba que la protegieran tanto.

—Esperar una hora no afectará a nuestros planes —sonrió Kelsey, intentando animarla.

—Esta vez, no es como… las otras cuatro. Tiene que ser la boda de sus sueños.

Kelsey no estaba muy segura de cómo sería esa boda, después de cuatro cancelaciones de última hora. Pero sería mejor no decirlo.

—No te preocupes. Será la boda de sus sueños.

—Por eso quería que la organizases tú. Mi familia quería…

posponerla, pero yo insistí. Es importante que mi niña tenga a alguien que cuide de ella. Yo… Bill y yo no estaremos aquí para siempre.

—No digas eso.

—Es verdad. Y si la boda no es perfecta…

Parecía derrotada, asustada. Y Starr nunca había admitido la derrota. Ni siquiera cuando varios de sus hoteles en el Caribe fueran destrozados por un huracán. Aunque fuera sutil, había un cambio en ella después de la apoplejía. Seguía siendo una mujer decidida, pero su seguridad había desaparecido.

—Te prometo que será perfecta —la animó Kelsey.

Organizaría la boda más romántica del mundo para Faith, aunque le fuera la vida en ello.

Kelsey Armstrong Waters lo estaba matando.

Su madre pasaba por un momento difícil y ni Faith, ni Hope, ni los niños habían conseguido alegrarla tanto como la presencia de Kelsey. Aquella habilidad para hacer que la gente estuviera a gusto debía de ser buena para su negocio, pero tenía que admitir que con su madre parecía sincera.

Starr no dejaba de sonreír, y parecía hablar mejor. Seguía haciéndolo despacio, pero su pronunciación había mejorado. Y su marido… durante el desayuno parecía absolutamente encantado con Kelsey, como si le hubieran quitado un peso de los hombros.

Will debería estar contento, pero no lo estaba. Aquella situación empezaba a pesarle. Sería mucho más fácil si ella no estuviera allí.

La risa de su madre le calentó el corazón. Hacía tiempo que no la oía reír. ¿Cómo podía estar pensando en sí mismo si Kelsey podía conseguir que su madre riera de ese modo?

—Como es el Día de los Enamorados, yo lo decoraría todo con corazones.

Kelsey anotó algo en un cuaderno.

—¿Habéis elegido los colores?

—Faith lo ha dejado a mi elección. A mí me gusta el rosa, pero a ella no. ¿Tú qué piensas?

—No sé, lo que tú quieras —dijo Kelsey.

—¿Qué harías si fuera tu propia boda?

«Esto se pone interesante», pensó Will, poniendo los pies sobre la mesita de café.

—¿Mi boda?

—Sí. ¿Qué colores elegirías?

Will casi soltó una carcajada al ver su expresión.

—Estoy acostumbrada a dar ideas a los demás, pero no se me ha ocurrido pensar en mi propia boda.

—Ya sé que organizas unas bodas de ensueño, pero, ¿cómo lo

harías si fuera la tuya?

«Mamá, la vas a asustar», pensó Will. Casi sentía pena por Kelsey.

—Pero es que no es mi boda. Es la boda de Faith.

—Venga, dímelo —insistió Starr.

—Vamos a ver… tuvimos una decoración de coral en la primera, dorada en la segunda, blanca y negra la tercera y plata y turquesa en la cuarta…

—Olvídate de esas bodas. ¿Qué harías en la tuya?

Kelsey se quedó tan pensativa como si estuviera intentando encontrar la solución para la paz mundial.

—Supongo que usaría colores intensos. Rojo escarlata, por ejemplo.

—A Faith le encanta el color escarlata —exclamó Starr, entusiasmada—. Será precioso.

—Divino —murmuró Will.

—¿Ves como no era tan difícil?

Kelsey parecía incómoda, pero intentaba disimular.

—¿Qué flores prefieres?

—Por favor, dame ese papel… el que está al lado del ordenador, Will.

Su madre había pronunciado aquellas palabras lentamente, como si de nuevo le costara un gran esfuerzo hablar. Y llevaban trabajando casi tres horas.

—Deberíamos dejarlo por hoy, mamá.

—Aún no.

Las dos mujeres parecían estar en su propio mundo. De vez en cuando, su padre y él pillaban alguna palabra que entendían: cuarteto de cuerda, marcos plateados, un maestro de ceremonias… flores.

¿Qué les pasa a las mujeres con las flores? Rosas, tulipanes, gardenias, claveles, orquídeas, jazmines, violetas, jacintos. Era como si hablaran en chino.

Hora de dejarlo.

—Mamá debería descansar, ¿no te parece? —le preguntó a su padre.

—Lo está pasando bien —contestó Bill—. No quiero estropearlo.

—Pero el médico ha dicho…

—Una sonrisa es mejor que cualquier medicina, hijo.

Will no estaba tan seguro. Su madre estaba contenta, pero parecía cansada. Y eso no podía ser bueno. Seguía siendo preciosa, pero había perdido el brillo que tenía en los ojos, y eso le encogía el corazón.

—Yo creo que ya podemos dejarlo —dijo Kelsey entonces, cerrando el cuaderno—. Ya tenemos suficiente para empezar.

—Si tienes alguna pregunta, llámame. Y no olvides lo que he dicho sobre… ya sabes.

—Claro que no.
—Nos ahorrará mucho tiempo para la siguiente boda.
—¿Siguiente boda? —repitió Will—. ¿De qué estás hablando? Faith no va a casarse otra vez.
—Claro que no —dijo su madre—. Pero tú sí.

¿Qué había hecho para merecer aquello? Había sido un buen hijo, un hermano cariñoso y un marido fiel. Pero no pensaba volver a casarse. De eso nada. Nunca.
Ni siquiera por su madre.
Will apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Su padre estaba enseñándole la casa a Kelsey mientras su madre, frente a él, miraba un sobre con una sonrisa en los labios. Quizá todo aquello era una broma. Tenía que serlo.
—¿De qué iba eso, mamá?
—Espero que tu padre no lleve a Kelsey al gimnasio. Está hecho un desastre con la terapia…
—A Kelsey eso le da igual.
Los ojos de su madre se iluminaron.
—Es una chica muy atractiva.
—No pienso volver a casarme, mamá. Así que no hagas planes…
—Quiero que leas esto —lo interrumpió ella entonces—. Después de la apoplejía, le dije a la enfermera que me ayudase a escribir esta carta. He estado esperando el momento adecuado, pero no sé si llegará algún día. Por eso quiero que la leas hoy.
La emoción que había en su voz lo preocupó. Nunca había visto así a su madre, ni siquiera en el hospital.
—¿Qué es esto?
—Por favor, lee esa carta.
Con un nudo en el estómago, Will abrió el sobre. Y leyó:
Mi querido hijo:

Estoy escribiendo esto de todo corazón. Espero que lo entiendas así y no te enfades conmigo. Primero, deja que te diga que quiero mucho a tu padre. Realmente creo que es el hombre que estaba destinado para mí. Pero después de mi apoplejía, me he dado cuenta de que no sería justo para él tener que pasar el resto de su vida solo si yo muriera. Si fuera así, me gustaría que tuviera una segunda oportunidad…

Will estaba pálido.
—No lo dirás en serio, mamá.
—Sigue leyendo.
Will obedeció.
Otra cosa sería una traición al amor que nos hemos tenido durante todos estos años, a los valores que hemos intentado inculcar a nuestros

hijos.

Yo creo que Sara pensaría lo mismo. Yo la quería como si fuera mi propia hija, pero erais tan jóvenes… Tú siempre estabas viajando y ella estaba en la universidad. Y aunque os queríais muchísimo, el tiempo que pasasteis juntos no fue más que una larga luna de miel. El destino intervino antes de que pudierais tener algo más.

El corazón de Will se rompió al leer aquellas líneas.

—Te equivocas, mamá. Sara y yo… compartimos muchas cosas. Nuestro matrimonio era perfecto.

—Pero Sara ya no está, hijo —dijo Starr, tomándole la mano—. Por favor, termina de leer.

Will no quería leer más. Quería romper aquella carta en pedazos, pero sabía que debía seguir leyendo:

Es hora de dejar atrás el pasado. No deberías hacerte mayor solo, enamorado de un recuerdo, cuando puedes encontrar una mujer que te quiera. Es la hora, Will. Mereces una segunda oportunidad. Es lo que Sara hubiera querido para ti.

Era como si lo hubieran golpeado. Su madre no sabía lo que estaba diciendo. Will no podía creer que hubiera escrito aquello. Sobre todo, después de las cosas que solía contarle cuando era un niño, esas historias sobre amores eternos y finales felices. Historias sobre los Addison, sobre las tradiciones familiares…

—¿Papá sabe que has escrito esto?

—No, pero cuando llegue el momento…

—Mamá…

—Te quiero mucho Will —lo interrumpió ella—. Y quiero que seas feliz.

—Tú no tienes ni idea de lo que me haría feliz.

Su tono había sido más duro de lo que pretendía, pero no pudo evitarlo. Aquello era como una pesadilla.

Starr sonrió.

—Gracias.

—¿Por qué? Acabo de gritarte —suspiró Will, pasándose la mano por el pelo—. Perdóname, mamá.

—No te preocupes. No me has gritado, por fin me has hablado como a una persona normal, no como si fuera una figurita de cristal que puede romperse en cualquier momento.

—¿Para eso me has dado esta carta?

—No. Te la he dado porque creo que ha llegado la hora de que pienses en ello. No tiene que ser hoy o mañana, pero quiero que lo pienses, hijo.

Will no tenía que pensar en ello. No había nada que pensar. Nunca

volvería a casarse. Su madre estaba equivocada.

—Agradezco tu preocupación, mamá. Soy muy afortunado por tener una madre como tú.

Capítulo 5

Kelsey estaba echando un vistazo a las fotos de las cuatro bodas frustradas de Faith. Cuatro bodas diferentes. Cuatro novios distintos… Y Will no dejaba de pasear por el salón, nervioso.

—¿Qué te pasa?

—Nada —murmuró él.

Estaba tan nervioso como si alguien le hubiera robado su colección de zapatos de Manolo Blahnik. Aunque Kelsey se sentía igual cada vez que pensaba que le quedaban catorce días con aquel hombre.

No sabía qué podía haber pasado mientras Bill le enseñaba la casa, pero Will no había dicho una palabra desde entonces. Y aquello tenía que terminar. No podía trabajar con él si seguía con aquella actitud de león enjaulado.

—¿Por qué no te sientas?

Will detuvo su ansioso paseo.

—Mi madre quiere que vuelva a casarme.

Había dicho la palabra «casarme» como si fuera el nombre de un virus mortal. Aunque Kelsey pensaba lo mismo.

—Starr solo quiere que seas feliz.

—Ya soy feliz.

Tan feliz como un niño de cuatro años que tiene que ponerse un esmoquin, pensó Kelsey, intentando evitar una sonrisa.

—No tiene gracia.

—A mí me parece que sí. No te has visto la cara.

Lo único que faltaba eran las lágrimas de cocodrilo y un puchero en aquellos labios adorables. Si alguna vez tenía un hijo, imaginaba lo monísimo que sería… ¿Por qué había pensado eso?, se preguntó, sorprendida.

—Imagina cómo estarías tú si tu madre quisiera casarte.

La sola idea horrorizaba a Kelsey, pero eso era lo último que su madre sugeriría. Estaba demasiado ocupada con su estatus marital como para ocuparse de ella.

—No, gracias.

—Pues eso.

—¿De verdad está intentando casarte?

—Me temo que sí.

—Bueno, no es para tanto —sonrió Kelsey, como solía sonreír a una novia que no podía entrar en el vestido una hora antes de la boda —. Ella solo quiere colocar a sus hijos.

Will la miró como si le hubieran salido cuernos.

—¿Qué?

—Ya sabes, la mayoría de las madres no quieren que sus hijos estén solos.

—Yo no pienso casarme. Sara era toda mi vida. ¿Cómo se puede

reemplazar eso?

No se puede. Pero Kelsey sabía que no debía decirlo en voz alta. Ninguno de los dos quería casarse, aunque por razones bien diferentes.

—Intenta verlo desde el punto de vista de tu madre. Solo intenta que sus hijos sean felices. Quiere dejar las cosas atadas porque en este momento se siente vulnerable. Quiere lo mejor para ti y tus hermanas.

—Lo «mejor» no tiene que ver con el estado civil. Si hubieras leído la carta…

—¿Qué carta?

Will apartó la mirada.

—Déjalo. Da igual.

Kelsey no lo creía, pero no era asunto suyo.

—Tu madre se está dejando llevar por la ilusión que le hace la boda de Faith. Cuando termine, se olvidará del asunto. Ya lo verás.

—No lo creo.

—El tiempo lo dirá. Pero ahora necesito que te olvides de eso y me ayudes con los detalles de la boda.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó él, levantando una ceja.

—Sí.

—¿Y ese cambio?

—Tú te has ofrecido y hay ciertas cosas que quiero discutir con alguien.

—Mi madre me ha dicho que todo está planeado.

—Está todo planeado de una forma conceptual. Pero hacerlo realidad es otra cosa.

—¿Hay mucho trabajo?

Kelsey dejó escapar un suspiro.

—Excepto las invitaciones, todo está por hacer.

Will se pasó la mano por el pelo. Tenía un pelo precioso… No, no era precioso. Era un pelo normal y corriente, se dijo.

—¿Por dónde empezamos?

—Necesito ver el vestido.

—Nadie puede verlo. Ordenes de mi hermana.

—Muy bien, pero entonces tú le explicarás por qué el ramo de novia no pega nada —replicó Kelsey.

—Las flores no pueden quedar mal con ningún vestido.

Ella levantó los ojos al cielo. O, más bien, al techo de vigas de madera. Guapos o no, los hombres no entendían nada.

—Claro que pueden quedar mal.

—¿Cómo?

—¿Por dónde quieres que empiece? ¿Por cómo determinadas flores pueden matarse con un vestido dependiendo de la tela y el diseño? ¿O cómo puede quedar fatal un bouquet cuando debería ser un ramo en cascada y…?

—Deja, deja —la interrumpió Will—. El vestido está en su habitación.

Kelsey lo siguió por la escalera. Bonito trasero. Le encantaría verlo con unos vaqueros… No, pensó apretando los puños, no le gustaría.

—Mi madre quería que Faith llevara su vestido, pero mi hermana se ha negado.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

Pobre Starr. Muchas madres querían que sus hijas heredaran el vestido de novia. Su propia madre tenía una colección que sería la envidia de cualquiera. Pero afortunadamente, Kelsey no se pondría ninguno.

—Pues a ella le haría mucha ilusión.

—Podría ponérselo tu novia —sonrió Kelsey, traviesa.

—No digas eso. Si mi madre te oye…

—Llevaría el vestido a la tintorería inmediatamente.

—Y te encargaría que buscaras un velo.

—Y un par de zapatos.

Will sonrió.

—Y un ramo «en cascada». No queremos que las flores destrocen el vestido.

Kelsey le dio un golpe en el brazo. Pero cuando entraron en la habitación de Faith, se quedó boquiabierta.

Era una habitación decorada de la forma más romántica posible. Suave y femenina. Dos adjetivos que nunca hubiera unido con la futura novia y que, sin embargo, describían perfectamente su propia habitación.

—¿Este es el dormitorio de Faith?

—Sí. ¿Pasa algo? Estás pálida.

No podía ser. Había pensado que Faith y ella no tenían nada en común. Kelsey era completamente diferente a la famosa estrella de cine. Faith se había prometido cuatro veces, cinco en realidad si se contaba el último intento, y ella no lo había estado jamás. Faith era adorada por millones de fans, mientras que ella prefería pasar desapercibida. Sin embargo, aquella podría haber sido su habitación.

—Este dormitorio se parece mucho al mío.

—No te imagino en una habitación como esta.

—Y yo no imagino a Faith aquí —murmuró ella, pasando la mano por el edredón de seda natural—. Las similitudes son… increíbles.

—¿De verdad?

—Es igual que mi cuarto… en la casa de mis padres, no el de mi dúplex —suspiró Kelsey, tomando un osito de peluche—. Yo misma elegí la decoración cuando tenía quince años. Era mi…

—¿Tu qué?

—Mi sitio secreto. Mi madre iba de acá para allá, pero hemos

conservado esa casa y esa habitación tal como estaba hace diez años. Incluso tengo almohadas de encaje y osos de peluche. Y una *chaise longue*, como esta. Mi hermano Cade y yo la usábamos para jugar a los psicólogos.

—¿A los psicólogos? —rió Will.

—Uno de nosotros hacía de psicólogo y el otro, de paciente. Era más fácil hablar entre nosotros que hacerlo con los psiquiatras de verdad.

—Esa aversión tuya al matrimonio tiene mucho que ver con tus padres, ¿no? —murmuró él, poniendo sobre su hombro su mano grande y cálida.

—Mucha gente crece en el seno de una familia separada. Tú no, desde luego. Y la verdad es que envidio una infancia como la tuya. Crecer con unos padres que se quieren y se respetan debe de ser estupendo.

—No olvides que la infancia es solo una pequeña parte de nuestras vidas. Lo que importa es en lo que uno se convierte.

—Cierto —murmuró ella, mirando alrededor—. ¿Dónde está el vestido?

—En el armario. Yo espero en el pasillo, no quiero verlo.

—¿No quieres echar un vistazo?

—¿Y sufrir las iras de mi hermana? —rió Will—. No, gracias. Y prepárate.

—¿Para qué?

—Mi madre dice que este vestido es muy especial.

Cada uno de los vestidos de Faith había sido diferente. Y carísimo. Uno de seda hecho en Italia, otro estilo imperio, un modelo de Vera Wang y una túnica blanca diseñada por Kenzo. Era curioso que cada vestido tuviera que ver con la película que Faith estaba haciendo en ese momento. Hablando de lo cual…

—¿Qué clase de película está haciendo tu hermana?

—Una de ciencia ficción. Me parece que Faith salva al Universo de los extraterrestres o algo así —contestó Will.

¿Extraterrestres? Seguro que aquel vestido lo había diseñado Paco Rabanne.

Cuando abrió el armario, vio algo cubierto por una tela de muselina. Y cuando la apartó no pudo disimular un gesto de sorpresa.

—¡Vaya!

—¿Tan horrible es? —preguntó Will desde la puerta.

—No, es… diferente, pero… —Kelsey tenía que hacer un esfuerzo para encontrar las palabras—. Es increíble.

El vestido no tenía nada que ver con los extraterrestres. Era maravilloso. De encaje antiguo, era perfecto para el velo y la diadema que se había probado en su oficina.

Era como si las tres piezas estuvieran hechas por el mismo diseñador. ¿Sería el destino? En cualquier caso, el vestido era un sueño. Ella estaba acostumbrada a todo tipo de vestidos, desde los diseños más caros de Dior hasta los de Chanel… pero aquel parecía llamarla de alguna forma, parecía despertar en ella un deseo desconocido.

Un olor a rosas llenaba la habitación. Pero no había ningún ramo de rosas. Faith debía de tener saquitos de popurrí en el armario. Como ella.

—¿Has terminado?

Kelsey parpadeó. Nunca terminaría de admirar aquel vestido de encaje. Las mangas caían delicadamente, como las del traje de una princesa de cuento, y el escote de pico era muy favorecedor.

—Ya he visto suficiente.

Por el momento, pensó para sí misma.

2 de febrero.

Era demasiado temprano para levantarse. Ni siquiera Midas estaría despierto a aquella hora. Will miró el despertador. Debía dormir un poco más. O, más bien, debía dormir algo. Pero no podía hacerlo.

Hubiera querido culpar a la carta de su madre, pero eso solo lo había mantenido despierto la mitad de la noche. La otra mitad, había estado pensando en Kelsey.

Se sentía atraído por ella. Pero era algo más que físico.

Y el beso…

Hubiera querido conocerla mejor, quitar aquellas capas de frialdad para ver lo que había debajo.

Will se levantó, exhausto.

Media hora más tarde, tomaban el camino hada el hotel. No había amanecido y, armados de un par de linternas, caminaron por la nieve hacia la puerta trasera para no llamar la atención de los fotógrafos.

—Ya casi hemos llegado —murmuró Will, iluminando a Kelsey con su linterna. Casi no la reconocía con aquel gorro de lana y la naricita roja del frío. Parecía una cría y sintió un absurdo deseo protector. Pero no se sentía como su hermano mayor, todo lo contrario.

—¿Tienes frío?

—Un poco —contestó ella, frotándose las manos—. Pero sobreviviré.

Sobrevivir. Eso era lo que Will estaba haciendo desde que Sara murió. Y, de repente, no le parecía suficiente.

Sus ojos se encontraron entonces, y se quedó transfigurado mirando aquellos labios, recordando lo cálidos que eran. Unos labios hechos para besar. Para besarlo a él.

La temperatura daba igual en aquel momento. Era como si

estuviera en el trópico, no en medio de la nieve de Tahoe. No necesitaba la chaqueta de pana, ni los guantes…

Lo que necesitaba era un poco más de aire fresco para aclarar su cabeza. O un poco más de sueño. ¿Dónde estaban sus recuerdos de Sara? Iba a tener que mantener las distancias con Kelsey. Quizá sería mejor que se alojara en el hotel, se dijo, exasperado.

Los cocineros les sirvieron dos tazas de café caliente y, después de desayunar, Will la llevó hasta uno de los salones. Los suelos eran de madera brillante y las mesas estaban cubiertas por inmaculados manteles de hilo blanco.

—¿Qué te parece?

—Es precioso —sonrió ella, mirando los candelabros del techo. En esa postura, Will podía admirar su largo cuello. Un cuello que parecía estar pidiendo a gritos besos y mordiscos… Pero no los suyos, se recordó a sí mismo—. ¿El día de la boda el hotel estará lleno de clientes o habéis hecho algún arreglo?

—Ese día solo habrá invitados —contestó Will, intentando concentrarse.

Kelsey estudió el salón, las molduras, las ventanas, la enorme chimenea francesa y los cuadros que adornaban las paredes.

Y Will intentó no fijarse en lo bien que le quedaban los vaqueros, tan ajustados, con ese trasero tan redondito… No pasaba nada. Solo estaba admirando las curvas femeninas. No era ningún crimen.

—La chimenea es divina.

—Cuando éramos pequeños, mis padres ponían allí los regalos de Navidad.

—Los míos hacían una carrera para ver quién nos compraba más juguetes, pero… no es lo mismo.

—Todos los niños sueñan con tener montones de juguetes.

Kelsey asintió.

—¿Tú sabes cuál ha sido mi regalo favorito?

—No.

—Una foto de mi familia. Mi madre, mi padre, Cade y yo. Me la regaló mi abuela.

Will intentó imaginar cómo había sido su vida de niña, yendo de una casa a otra, conociendo diferentes esposos de sus padres cada año… No podía ni imaginarlo.

—Kelsey…

—Este sitio es perfecto para el banquete, pero la ceremonia… La ceremonia no puede tener lugar aquí.

De vuelta al trabajo. A Will le hubiera gustado saber cómo encendía y apagaba el interruptor.

—¿Por qué?

—Si organizamos la ceremonia en otro sitio y Faith se arrepiente a

última hora, nadie se enterará. No habrá que dar explicaciones.

—No serán necesarias. Faith no va a cancelar esta boda.

—Lo dices muy seguro.

—Si la hubieras visto con Trent, tú también pensarías lo mismo.

—¿Y los otros cuatro?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasó con los otro cuatro novios?

—No pasó nada. Estaba prometida con el hombre equivocado. Pero con Trent es diferente.

—¿Lo crees de verdad?

—De verdad.

—Aún así, prefiero tener un plan… por si acaso. Si la boda se cancela, el sacerdote podría renovar los votos de tus padres.

—Como quieras —suspiró él—. ¿Dónde quieres celebrar la ceremonia?

—En tu casa. ¿Qué te parece?

—No lo sé. ¿A ti te gustaría casarte en mi casa?

—Es la boda de Faith, y yo creo que a ella le gustaría —contestó Kelsey.

Pero Will descubrió un brillo extraño en los ojos de Kelsey, una ligera vacilación en sus palabras.

—¿A ti te gustaría? —insistió.

—No es mi boda.

Pero lo era. De alguna forma, Will intuía que lo era.

—¿A ti te gustaría? —repitió por tercera vez.

—Sí, pero es tu casa.

No quería romper sus barreras, no quería descubrirse, pensó.

—Muy bien. Podemos celebrar la ceremonia en mi casa.

Kelsey lo recompensó con una sonrisa. Un beso habría sido mejor. Pero besarla era un peligro. Un peligro enorme.

—Gracias. Seguro que a Faith le encantará la idea.

Capítulo 6

Era casi medianoche. Kelsey estaba cansada, pero tenía cosas que hacer. Además, desde que vio el vestido de Faith en el armario, se sentía inspirada.

Will entró en la cocina, estirándose.

—Es como cuando teníamos exámenes finales en la universidad.

—No es tan horrible —sonrió Kelsey.

—No, pero nos merecemos un descanso. ¿Te apetece un café?

—Nos hará falta cafeína para permanecer despiertos.

—No me digas que vas a quedarte sin dormir.

—Vale, no te lo digo.

Will sonrió mientras encendía la cafetera.

—Mi madre solía enviarnos regalos durante la última semana de exámenes. Solían ser galletas, pasteles hechos en casa y cosas así. Mientras estudiaba, me forraba a dulces.

El corazón de Kelsey se encogió.

—Mis padres solo me enviaban cheques.

—Al menos, te pagaron la universidad.

—¿Tus padres no?

—Sí, pero no todo el mundo tiene tanta suerte.

Will tenía algo más que suerte. Era una bendición tener una familia como la suya.

—Desde luego. Tu familia es de película. Ojalá me adoptasen —sonrió ella. Pero en su risa había cierta tristeza que a Will no le pasó desapercibida.

—Lo siento, pero dos hermanas son más que suficientes. Aunque tu hermano sería otra historia. Siempre he querido tener un hermano.

Eso sí que tenía gracia.

—Cade ni siquiera acepta que pertenece a la familia Armstrong. No le gusta eso de las familias. Y la tuya es tan especial que pensaría que sois extraterrestres, como los de la película de Faith.

—No somos tan diferentes.

Kelsey levantó los ojos al cielo.

—Tu familia es perfecta.

—Nadie es perfecto.

—Tus padres siguen juntos después de treinta y cinco años.

—Sí, pero han tenido sus más y sus menos.

—No me lo creo —sonrió ella, tomando el azucarero—. ¿Qué pasa con el amor eterno de los Addison?

—Incluso el amor verdadero tiene sus altibajos —contestó Will, sacando dos tazas del armario—. Recuerdo que una noche nos despertaron unos gritos. Eran mis padres. Aún recuerdo a Faith, llorando. Hope nos dio la mano para que no nos asustáramos.

Kelsey tenía recuerdos parecidos. Pero a ella le había ocurrido

tantas veces… el miedo a perder a su familia, a que su mundo se derrumbara. Su estómago se encogió al recordar las peleas de sus padres.

—Cade y yo nos despertábamos de esa forma muchas veces. Nos metíamos en el armario y esperábamos que mis padres dejaran de pelearse. Hasta el día siguiente.

Will la miró, compasivo.

—La verdad es que nosotros hemos tenido suerte. Pero aquella noche fue horrible. Recuerdo que mi madre lloraba porque estaba agotada y mi padre no lo entendía. Pensaba que quería marcharse de casa o algo así. Al final, se reconciliaron. Decidieron contratar más personal para poder estar juntos y ahí terminó todo.

Qué suerte, pensó Kelsey. La razón por la que sus padres se peleaban era porque nunca se habían querido.

—¿Qué pasó después?

—Faith corrió escaleras abajo suplicándoles que no se divorciaran. Siempre ha sido muy buena actriz —sonrió Will, mientras servía el café—. Mis padres se quedaron helados al darse cuenta de que lo habíamos visto todo. Nos sentaron en el salón y nos explicaron que solo estaban enfadados, que no iban a divorciarse nunca. Y nos pidieron perdón.

Kelsey y Cade habían oído eso miles de veces. Hasta que dejaron de creerlo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Pero mis padres lo hicieron. No volvieron a discutir delante de nosotros. Nunca.

—Eso es asombroso —suspiró ella, sintiendo una punzada de envidia—. Lo que mis padres hicieron fue buscar diversión en otra parte. Ojalá…

—¿Qué?

—Ojalá mis padres hubieran sido como los tuyos. Pero la diferencia es que ellos no se querían. Nos enteramos de que iban a divorciarse cuando mi madre nos dijo que hiciéramos las maletas. Ni siquiera nos despedimos de mi padre.

—Supongo que fue horrible. Pero no estamos destinados a seguir los pasos de nuestros padres, Kelsey.

—Claro que no, pero podemos aprender de sus errores —replicó ella, apretando la taza entre sus manos—. Y yo creo que las posibilidades de que un matrimonio funcione para siempre son casi nulas.

Will la miró, pensativo.

—Cuando me casé con Sara, sabía que tendríamos nuestros problemas, como todo el mundo. Pero también sabía que los arreglaríamos. Soñábamos con tener dos hijos, un perro y un gato. Al

menos, tengo el gato.

—Tienes más que eso.

—Lo sé.

—Podrías intentarlo otra vez. Hay muchas chicas…

—Salgo con chicas, Kelsey —la interrumpió él—. Soy humano.

—Ah, gracias por aclarármelo.

Will sonrió.

—Salir con chicas está bien, pero no lleva a ninguna parte. Lo que Sara y yo teníamos… no se encuentra todos los días.

—Debes echarla de menos.

La sonrisa de Will desapareció.

—Todos los días.

Kelsey no podía imaginar lo que había pasado aquel hombre. Encontrar al amor de su vida, perderlo repentinamente…

—Entonces, ¿estás preparado para trabajar toda la noche?

3 de febrero.

Menuda noche. Le dolía el cuello, pero se lo merecía por dormir en el sofá. Cuando se estiró, notó que tenía las piernas enredadas en algo suave y blandito…

Kelsey.

Estaba profundamente dormida al otro lado del sofá, con una sonrisa en los labios, como si estuviera teniendo un sueño precioso. El lunar sobre el labio superior parecía pedirle a gritos que lo besara.

Era la Bella Durmiente y lo único que tenía que hacer era darle un beso para…

El corazón de Will se encogió.

Él no era ningún príncipe encantado.

Gracias a su conversación con ella la noche anterior, creía conocerla un poco más. Y no era ninguna cínica, sencillamente su experiencia la hacía incapaz de creer en el amor.

En ese momento, ella rozó una pierna contra la suya. Le gustaba sentir su piel. Era algo natural… No, no era natural. Era extraño.

Will había estado rodeado de mujeres toda su vida, pero Kelsey no se parecía a ninguna de ellas. Sin embargo, despertaba sentimientos dormidos desde que Sara…

Will se sentó en el sofá, nervioso. ¿Cómo podía sentir lo mismo que había sentido por Sara? Kelsey no se parecía nada a ella. Alta, de pelo castaño, Kelsey era la antítesis de la pequeña y rubia Sara.

Pero las diferencias iban más allá de lo físico. Sara era discreta, callada, fácil de complacer, mientras que Kelsey Armstrong era una persona determinada, que sabía bien lo que quería y no aceptaba otra cosa. Sara era la esposa perfecta, mientras que Kelsey no creía en el

matrimonio. Una era leche y pastel de manzana, la otra champán y fresas salvajes.

Sin embargo, las dos mujeres lo hacían sonreír, lo hacían sentir feliz…

Kelsey abrió los ojos en ese momento.

—¿Qué pasa? —exclamó, incorporándose.

—Buenos días.

—¿Hemos dormido aquí? ¿Juntos?

—Si estás preocupada por tu virtud, deja de estarlo —rió Will—. Hemos tenido carabina.

Midas había dormido en medio de los dos.

—¿Qué es ese ruido?

—Mi gato. Respira así, el pobre.

Kelsey abrazó al animal, acariciando su cabecita.

—Tenemos muchas cosas que hacer. Pero antes debo ducharme.

En un segundo, la Bella Durmiente se había convertido en la famosa organizadora de bodas de Beverly Hills. Y a él le gustaba la Kelsey más suave, la que dormía, la que parecía soñar cosas preciosas.

Media hora más tarde, se reunía con él en el pasillo. Había escondido su pelo bajo un gorro de lana y llevaba gafas de sol. Un pantalón negro de esquí, un jersey de cuello alto rojo y una enorme chaqueta negra escondían su preciosa figura.

—¿Crees que alguien me reconocerá?

Apenas podía reconocerla él mismo.

—No.

—¿Nos vamos?

Sin quejas, sin bostezos. Nada. Ni una palabra más sobre la noche anterior.

En realidad, no era importante que hubieran dormido juntos en el sofá.

¿O sí?

Will intentó ignorar los extraños sentimientos que esa imagen despertaba.

Según Will, aquella pastelería era una de las mejores del estado y la que proveía a sus propios hoteles. Según él, los pasteles de Molly eran un pecado. Y eso Kelsey quería probarlo. Le gustaría saber a qué llamaba Will Addison «pecado».

Al entrar en la pastelería, el olor a crema, vainilla y chocolate les dio la bienvenida. Era una típica pastelería de pueblo, pero se notaba que el trabajo allí era más elaborado de lo normal. Los clientes iban vestidos con ropa de esquí; seguramente, la mayoría eran turistas.

Una joven de pelo rojo y ojos azules saludó a Will con un abrazo y… curiosamente, Kelsey sintió que se le encogía el estómago.

—Kelsey Armstrong Waters, te presento a Molly Fitzpatrick.

—Encantada.

—Encantada, señorita Waters.

—Kelsey, por favor.

—Muy bien. Seguidme —dijo Molly, llevándolos a la trastienda—. Will me ha dicho que no queréis que os vea nadie, así que tengo aquí las pruebas para la tarta.

—Me han dicho que tus tartas son de pecado —dijo Kelsey entonces, quitándose las gafas de sol.

—Y yo he oído lo mismo de tus bodas, aunque Will me ha dicho que estáis organizando una fiesta de aniversario para sus padres.

—Eso es. Van a renovar sus votos.

—Qué romántico —sonrió la joven.

—Espero que no te estemos causando muchos problemas —dijo Will.

—Ninguno —contestó Molly, pestañeando exageradamente.

Kelsey apartó la mirada. No sabía por qué la molestaba. Ella no quería salir con Will. Lo único que tenían en común era la boda de Faith.

—Yo tengo que volver a la tienda. Cuando hayáis decidido cuál os gusta, llamadme.

—No sé por dónde empezar —dijo Will.

Pero Kelsey sí sabía.

—¿Hace mucho que conoces a Molly?

—Desde que éramos pequeños —contestó él, tomando un pastel de chocolate con algo rojo dentro. Debía de ser fresa o frambuesa.

Kelsey tomó un trozo de pastel de crema relleno de mermelada de melocotón.

—Entonces, ¿sois amigos desde hace mucho tiempo?

—Mucho. ¿Por qué?

—No, por nada. Veo que se ha molestado mucho en hacer todos estos pasteles.

—No lo ha hecho por mí, lo ha hecho por ti.

—¿Por mí?

—Tú eres la organizadora de bodas de las estrellas —sonrió Will—. Si te gusta alguna de sus tartas, seguro que se la encargarás. El negocio es el negocio.

Era cierto. No sabía por qué le habían entrado esos extraños celos. Ella era una profesional, no su novia.

—No te comas todo el pastel de chocolate. Quiero probarlo.

Will le ofreció un poco y ella dudó un momento.

—Abre la boca.

Kelsey se puso tan nerviosa al notar los dedos de Will rozando su boca que casi se le olvidó masticar. Pero cuando consiguió hacerlo,

descubrió que la tarta estaba riquísima.

—Es deliciosa.

—Pues espera a probar la de limón —sonrió Will—. ¿Qué te parece?

—Hmm… Se derrite en la boca.

—A ver…

Kelsey hizo un esfuerzo para que no le temblara la mano mientras le daba a probar la tarta de limón.

—Buenísima. ¿Me das un poco más?

Tarta de limón, de frambuesa, de cereza… Siguieron así, probando todas las delicias que Molly había preparado para ellos, como si fuera lo más natural del mundo.

Se sentían cómodos el uno con el otro. Como si se conocieran desde siempre. Era extraño, desconcertante.

—Tienes un poco de nata ahí —murmuró Will entonces.

—Gracias —sonrió Kelsey cuando él la limpió con el dedo. El gesto la había puesto nerviosa. Más que el gesto, la mirada de él.

Tenía que controlarse, se dijo.

—¿Cuál es tu favorita?

—Me encanta la de chocolate.

—A mí también.

—Y la de limón.

—A Faith no le gusta el limón —le recordó Will.

¿Cómo había podido olvidarlo? Ella nunca olvidaba esos detalles. Aquel hombre la ponía nerviosa. Debía tener cuidado. Nada de coqueteos, nada de confianzas. Y definitivamente, ni un beso más.

—¿Qué tal la de melocotón?

—No sé… ¿Por qué no encargamos la de melocotón, la de chocolate y la de limón? Faith no tiene por qué enterarse. Mientras a ella le sirvan otra…

—Suena bien.

—Y sabe mucho mejor —sonrió él.

«Pero no tan bien como tú», pensó Kelsey, recordando el sabor de sus besos.

Capítulo 7

6 de febrero.

Tres días más tarde, Kelsey y Will estaban sentados a la mesa. Frente a ellos, había revistas, cuadernos, archivos, listas, dibujos, un ordenador portátil y dos móviles. Los planes para la boda iban viento en popa.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—No lo haces mal —rió Kelsey.

—Yo creo que para no haber organizado nunca una boda, lo estoy haciendo de maravilla —protestó Will.

—¿Y tu boda?

—Sara se encargó de todo. Lo único que yo hice fue aparecer con un esmoquin y decir: «Sí, quiero».

—¿Lo lamentas?

—No. Era la boda que Sara siempre había soñado.

«¿La habías soñado tú también?», le hubiera gustado preguntar. Pero sabía que no debía hacerlo. Muchas veces, durante aquellos días, la conversación giraba sobre sus propias vidas, pero Sara era un tema que a Kelsey no le gustaba tocar. Además, la relación que mantenían ya era un poco… demasiado personal. El beso, dormir juntos en el sofá, darse trozos de tarta el uno al otro… Sin embargo, todas esas cosas les habían parecido naturales. Absurdamente naturales.

—¿Qué tal?

—¿Qué tal qué? —preguntó él.

—¿Qué tal planear una boda? ¿Te aburre?

—No, es interesante.

—Supongo que «interesante», es mejor que «como para suicidarse».

—Admito que probar las tartas ha sido mi parte favorita por el momento.

—Para mí también.

Los dos apartaron la mirada, nerviosos.

—Estoy aprendiendo mucho, aunque no sé cuándo voy a necesitar hacer esto otra vez. Supongo que nunca. ¿Dónde está el dibujo del salón?

Kelsey se lo dio.

—He puesto las iniciales de cada invitado para que veas cómo voy a sentarlos. ¿Qué te parece?

Se sentía embriagada por su aroma. Era un aroma tan masculino, tan cálido, tan… familiar.

—¿Pasa algo?

—¿Qué?

—Por un momento, parecía que estabas en otro mundo —sonrió Will.

—No… es que tengo sueño.

—Necesitas descansar, Kelsey.
—Los dos necesitamos descansar. Por cierto, ¿cómo se llama tu colonia?
—¿Cómo?
—Tu colonia.
—No llevo.
—¿No? —preguntó ella, sorprendida y avergonzada.
—No. ¿Te gusta como huelo?
—Sí, bueno, es que… dentro de poco es el cumpleaños de Cade y…
Los ojos de Will brillaron, traviesos.
—Su cumpleaños, ¿eh?
—Pues sí.
La había pillado. No era tonto. Y ella parecía una cría oliendo la colonia inexistente del chico del que estaba locamente enamorada. ¿A qué olía entonces, champú, jabón? Daba igual. Olía bien y punto. No era ningún insulto.
—Esto del dibujo está muy bien. De esa forma, todo el mundo sabrá dónde sentarse.
—Lo último que uno quiere durante una boda es que la gente esté dando vueltas buscando su sitio. Todo tiene que estar muy organizado, cada detalle.
—¿Por eso te probaste el velo?
—¿Qué velo?
—Aquel día, en tu oficina. Dices que no vas a casarte nunca, pero estabas probándote un velo —sonrió Will—. ¿Por qué?
—Quería ver si pegaba con la diadema de flores.
—¿No podías haberlos puesto juntos?
Kelsey no estaba segura de cuál era la razón por la que se había probado aquel velo. Además, Will ya sabía demasiadas cosas sobre ella y no pensaba contarle más.
—Quería ver el efecto.
—¿Y lo conseguiste?
—Sí.
Pero había visto mucho más que eso. Era como si hubiera sido transportada a otro mundo. De repente, con aquel velo, una especie de magia había envuelto su oficina. Era absurdo, pero esa había sido la sensación.
—¿Siempre te pruebas los velos?
—Es parte de mi trabajo —mintió ella.
Will la estudió durante unos segundos.
—Trabajo, trabajo. Siempre el trabajo.
—Una boda es una cosa muy seria. Hay muchos detalles a tener en cuenta. Si todo sale bien, nadie dice nada. Si sale mal, los invitados te critican.

—¿Cómo puedes poner tanto empeño en algo en lo que no crees?

La miraba como si se sintiera desilusionado, y eso la molestaba. Pero sus sentimientos por ella no debían importarle. Al fin y al cabo, solo era un cliente.

—Lo que yo piense sobre el matrimonio no tiene nada que ver. Hago mi trabajo lo mejor posible.

—Pero estamos hablando de dos personas que piensan pasar el resto de su vida juntos. Y tú no crees en ello.

Sus miradas se encontraron de nuevo. Creían cosas diferentes, pero eso no explicaba que se le encogiera el estómago cada vez que esos ojos verdes se clavaban en los suyos.

—Dime qué piensas sobre la colocación de los invitados.

Will miró el dibujo de nuevo, suspirando.

—No pongas a mi tío Wayne al lado del bar. Y Hope debe estar cerca de la puerta, por si acaso tiene que llevar a los niños al baño.

Kelsey tomó nota.

—Muy bien. La verdad es que sentar a cincuenta personas es fácil. He tenido bodas con más de mil invitados. Por cierto, ¿le has contado a Faith alguno de estos planes?

—No quiere que la molesten durante el rodaje —contestó él.

—¿Y Trent sabe algo?

—Si le importara, estaría aquí, supongo.

—Pues eso no dice mucho de tu futuro cuñado.

Will sonrió.

—Es un tipo listo. Mucho más que yo. No te preocupes, Faith llamaría si tuviera alguna pregunta que hacer.

Parecía tan tranquilo como si estuvieran planeando un cumpleaños. Pero aquello era una boda.

¿Y si a Faith no le gustaba? ¿Y si Trent se encontraba incómodo? A nadie parecía importarle.

—No sé…

—No te preocupes. Todo saldrá perfectamente. Faith confía en mí. Y en ti.

El único problema era que Kelsey no confiaba en sí misma cuando Will estaba cerca.

—Gracias —le dijo Kelsey a la operadora del castillo de San Montico.

Mientras esperaba que la conectasen con la suite real, se dejó caer en la cama. Eran solo las doce de mediodía, pero estaba agotada.

Tenía que admitir que echaba de menos a su personal, pero Will estaba haciendo lo que podía. Tenía muchos contactos en Tahoe y resultaba relativamente fácil conseguir todo lo que querían.

Cuanto más tiempo pasaba con él, mejor lo conocía. Y más le gustaba. Era muy trabajador. Y sentía devoción por su familia. ¡Y qué familia! Will podía decir que no eran perfectos, pero para Kelsey eran una familia de cine. Con padres así, no podía culparlo por pensar que el amor era algo eterno.

Pero tenía que dejar de pensar en Will. Tenía que olvidar aquel beso, lo agradable que era estar con él, cómo le gustaban sus ojos, su olor…

En cuanto la boda terminase…

—¿Dígame? —la voz de su prima Christina llegó al otro lado del hilo.

—Espero no haberos despertado, Alteza.

—Iba a meterme en la cama.

—Solo son las nueve en San Montico. ¿No es muy pronto para irse a dormir?

—He dicho que iba a meterme en la cama, no que fuera a dormir —rió su prima.

—Ah, ya entiendo. He recibido tu mensaje. ¿Qué ocurre?

—Pues…

—¿Pasa algo?

Silencio.

Eso solo podía significar una cosa. Problemas maritales. Pero no podía ser. Christina y Richard eran perfectos el uno para el otro. Si su matrimonio no funcionaba, ninguno funcionaría. Kelsey se levantó de la cama, nerviosa.

—¿Richard y tú…?

—Estamos bien.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Quería decírtelo personalmente, porque la prensa ya está husmeando…

Si no era su matrimonio, ¿qué podía ser? ¿El tío Alan? ¿La tía Claire? Kelsey empezaba a perder la paciencia.

—Dime. ¿Qué ocurre?

—Vas a ser madrina.

—¿Madrina de quién?

—Estoy embarazada, boba —exclamó Christina—. De gemelos.

—¿Gemelos? —repitió Kelsey, dejándose caer de nuevo sobre la cama. O, más bien, escurriéndose de la cama al suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Pero la próxima vez que vayas a darme una noticia como esa, antes dime que me siente.

Aquella tarde, Will entró en la cocina con una caja de viandas. Cuando la dejó sobre la repisa, descubrió una carísima botella de

champán.

—Estupendo —murmuró, haciendo una mueca.

Kelsey levantó la mirada de su cuaderno.

—¿Pasa algo?

Will esperaba que su madre hubiera reflexionado sobre aquella carta. Aparentemente, no lo había hecho. Starr no conocía a Kelsey como él. Si fuera así, no intentaría emparejarlos. Ninguna mujer podía ser menos adecuada para el matrimonio. Aunque disfrutaba mucho de su compañía. Muchísimo.

—Mi madre está haciendo de casamentera.

—¿Perdona?

Will sacó la botella de champán.

—Mira lo que nos ha enviado.

—Tu madre no ha enviado esa botella. He sido yo.

—¿Cómo?

Imágenes de la botella vacía, de una cena sin empezar y Kelsey con los ojos brillantes hicieron que la temperatura de Will se pusiera por las nubes.

—Que he sido yo.

—¿Por qué?

—Quería celebrar que la boda está en marcha —sonrió ella, sacando dos copas del armario—. ¿Te apetece un poco de champán?

Will la miró con una ceja levantada. Aquello era muy raro. No estaba celebrando nada, estaba coqueteando… Siempre pasaba lo mismo. Aunque las mujeres dijeran que no estaban interesadas en él, al final siempre acababan queriendo mantener una relación. Incluso Kelsey Armstrong Waters.

Debía dejarle claro que no quería mantener una relación, se dijo. Pero no podía decir nada. Solo podía mirarla. Cuando ella se acercó con las copas en la mano, Will tragó saliva. Tenía unos ojos tan bonitos… Era como si en ellos hubiera un millón de estrellas.

—También hay pastel de chocolate —dijo entonces Kelsey.

¿Y ostras de aperitivo? Aquello era acoso sexual en toda regla. Will se sentía tentado. Más que nunca. Pero no podía ser. Ella no creía en el amor. Entonces, ¿solo quería…?

Kelsey empezó a pasar un paño por el cuello de la botella. Arriba y abajo, arriba y abajo… Will tuvo que tragar saliva de nuevo.

Cuando miró sus labios, el deseo lo golpeó con fuerza. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando?

Ella abrió la botella de champán sin ninguna dificultad. El corcho saltó con un sonido suave, seductor. No podía ser. Aquello no podía estar pasando. Tenía que estar en coma.

Kelsey llenó las copas.

—Por los futuros miembros de la Casa Real de San Montico.

—Por… —Will había estado a punto de decir «por nosotros»—. ¿Qué has dicho?

—Mi prima Christina está embarazada. Va a tener gemelos.

—¿Cómo?

—Que mi prima, la princesa de San Montico, va a tener gemelos. Y yo seré la madrina.

Él la miró, confuso.

—¿Y estamos celebrando el embarazo?

—Sí. Tendré que organizar el bautizo, por cierto. Y habrá que comprar montones de juguetes, ropita… Estoy deseando que nazcan. Voy a ser tía, no me lo puedo creer. La tía Kelsey. Mi hermano no piensa casarse, así que los hijos de mis primos serán mis únicos sobrinos… En fin, que estoy muy contenta y quería celebrarlo —dijo Kelsey, emocionada.

Estaban celebrando que su prima iba a tener gemelos. Will se sintió absurdamente decepcionado. Kelsey no estaba coqueteando. No estaba intentando seducirlo. ¿Por qué no?

La celebración del embarazo de Christina había empezado de una forma un poco rara y Kelsey estaba confusa. Muy confusa.

Will la había mirado con una expresión rara. Y después, mientras cenaban, tantas sonrisas, tantos roces… Estaba segura de que no intentaba seducirla, pero no sabía cómo explicar la actitud de Will. Quizá era el champán, se dijo.

Pero, más tarde, mientras lo esperaba en la puerta del hotel, supo que no era el champán. Todo aquello era culpa suya por dejar que Will Addison se metiera dentro de su piel.

Él no había hecho nada para dar pábulo a sus fantasías.

Y eso tenía que terminar.

Tenía que probarse a sí misma que Will Addison no podía volverla loca. Ningún hombre había podido hacerlo. ¿Por qué él? Todo empezó por un beso. Y quizá otro lo borraría de su mente. Tenía que besarlo. Ese era el primer paso para recuperar el sentido común.

Había ocurrido días antes, pero si cerraba los ojos aún podía sentir el sabor de sus labios… Nunca un beso había significado tanto. Tenía que probarse a sí misma que no había sido tan espectacular, que no pasaba nada. Ella había besado a muchos hombres y Will no podía ser tan especial…

—No hay moros en la costa.

Kelsey se sobresaltó al escuchar su voz.

—¿Qué?

—¿Pasa algo?

Pasaban muchas cosas. Y tenían que dejar de pasar. Tenía que besarlo aquella misma noche con o sin su permiso. Pero, ¿cómo?

—No, no pasa nada.
—¿Tienes frío?
Cada vez que aquel hombre la miraba a los ojos se sentía… diferente. Más femenina que nunca, más deseable. Aquella era su oportunidad. «Bésalo», le decía una vocecita. «Bésalo y verás cómo no es para tanto».
—No.
—Vamos, el chef está esperando.
Antes de entrar en la cocina, Kelsey vio a dos hombres saliendo del hotel. Había funcionado una vez, se dijo. Podía volver a funcionar.
—Fotógrafos —dijo en voz baja.
Antes de que Will pudiera hacer nada, Kelsey enredó los brazos alrededor de su cuello.
—¿Qué haces?
—Bésame —murmuró ella, esperando que su voz no sonase desesperada. Un beso y…
Los labios de Will rozaron los suyos como un copo de nieve. Dulcemente. Nada demasiado espectacular. Agradable, pero no como para contárselo a sus amigas. Kelsey se sintió aliviada. Pero entonces él aplastó sus labios con un ansia que la excitó y la halagó al mismo tiempo.
El copo de nieve se había convertido en una tormenta. Una tormenta cegadora. No podía ver nada. Y le daba igual. Solo quería sentir los labios de Will pegados a los suyos, sus manos apretando su espalda. Estaba perdida en una avalancha de sensaciones. Kelsey entreabrió los labios y le devolvió el beso con el mismo ardor.
Nunca había creído en la estabilidad, en la permanencia. En una familia que no estuviera rota. Pero encontró la promesa de todo eso en los brazos de aquel hombre. Cada caricia suya destrozaba todo lo que había creído durante tantos años. Casi le parecía posible lo del final feliz, lo del amor eterno…
—¿Se han ido? —preguntó él con voz ronca.
El corazón de Kelsey estaba tan acelerado que apenas podía hablar.
—¿Quién?
—Los fotógrafos.
La realidad de lo que acababa de hacer la golpeó entonces como una bola de nieve en plena cara.
—No los veo —murmuró, mirando alrededor.
—Entonces, no nos han visto —sonrió Will. Ella hubiera deseado que se la tragase la tierra—. Pero será mejor que sigamos disimulando.
—Vale.
Había mentido sobre los fotógrafos, y el beso la dejó temblando. Quería demostrarse a sí misma que los besos de Will no significaban nada y lo que había conseguido era perder la cabeza. Y encima,

entraban en el hotel de la mano, como si fueran una pareja. Y lo peor de todo era que le parecía completamente normal. Kelsey tuvo que ahogar un gemido.

Que alguien le pegara un tiro. Sería lo mejor.

Capítulo 8

7 de febrero.

A la mañana siguiente, Will abrió una lata de comida para Midas y el gatito entró en la cocina tan rápido como sus tres patitas le permitían.

Un beso, se estaba diciendo a sí mismo. Solo había sido un beso. Nada más y nada menos. No tenía por qué perder el sueño. Había besado a muchas mujeres antes y volvería a hacerlo.

Después de Kelsey.

De repente, sintió un peso en el corazón. Hasta entonces, todo había sido «antes o después de Sara». Hasta entonces.

Quizá se sentía solo. Quizá su madre tenía razón. Quizá esa era la explicación. Trabajaba mucho, viajaba más y salía muy poco.

—Hemos estado solos demasiado tiempo, Midas —murmuró, acariciando al animal—. Se me había olvidado lo agradable que es charlar con otra persona. También me gusta hablar contigo, pero Kelsey… —Midas levantó la cabeza y maulló, contento—. Sí, a mí también me gusta.

Le gustaba. Nada más. No podía permitir que fuera más allá. Desgraciadamente, eso no explicaba sus sentimientos por ella.

Anhelo, deseo y un cariño absurdo, considerando que acababan de conocerse… Esos sentimientos llevaban tanto tiempo dormidos que Will nunca pensó que pudieran despertar a la vida.

El beso de la noche anterior fue tan hermoso… hubiera querido que no terminase nunca. Y después, cuando entraron de la mano en la cocina para hablar con el chef, como si fueran ellos los que iban a casarse…

¡Casarse!

Will estaba empezando a imaginar a Kelsey vestida de novia y a él, de novio. Aquella fantasía empezaba a ocupar el sitio de sus recuerdos con Sara y se sentía culpable. Se sentía culpable por pasarlo tan bien con Kelsey. Por desear besarla una y otra vez. Por ponerla en el lugar de Sara.

No podía ser. Sara había sido su esposa y lo sería siempre. Nada cambiaría eso.

Sin embargo, sus sentimientos por Kelsey no desaparecían.

Estaba seguro de que eran algo pasajero, que desaparecerían en cuanto Kelsey se fuera de Tahoe.

Su vida volvería a la normalidad el día quince de febrero. Faith estaría casada y Kelsey se marchara de Tahoe para organizar bodas espectaculares en las que no creía.

Ella era una mujer adulta y si no quería encontrar al hombre de su vida, era asunto suyo. Will no podía hacer nada.

Ni siquiera besarla. Sobre todo, no debía besarla.

8 de febrero.

La luz del sol se reflejaba en el marquito de plata que Kelsey tenía en la mano. En aquello no pensaba ceder, por mucho que le gustase a Starr.

—Sin grabar.

—Estamos discutiendo minucias —suspiró Will, pasándose la mano por el pelo—. Solo es un marco.

—No es un marco. Es donde van a ponerse los nombres de los invitados.

—¿Y qué más da?

Entendía que los dos estuvieran nerviosos. Llevaban demasiados días trabajando, demasiadas horas sin dormir. A Kelsey le dolía el estómago y no sabía si era un ataque de ansiedad o el principio de una úlcera. Quizá Will estaba teniendo éxito donde Faith había fracasado.

—Hay que tomar una decisión.

Will se pasó la mano por la barbilla. Aquel día no se había afeitado. Normalmente, Kelsey solo encontraba atractivos a los hombres muy afeitados, excluido George Clooney, pero la sombra de barba en Will le parecía preciosa.

—Podemos encargar cincuenta sin grabar y cincuenta grabados.

—No los quiero grabados. Y punto. Es una horterada.

Por primera vez en muchas horas, Will sonrió.

—Pareces una novia.

—No es verdad —replicó ella.

—Sí lo es. Por eso Llevamos horas discutiendo cada detalle. Estos marcos, perdón, estos… lo que sean, son un ejemplo. Hablas como una novia que se niega a hacer lo que quiere su suegra.

Will no debería bromear con esas cosas. Eran asuntos muy serios.

—No… bueno, da igual. Vale, hablo como una novia.

—No es tan malo.

—Es horrible. Espantoso.

—Pues a mí me gusta.

—No sé por qué. En caso de que no lo hayas notado, a mí no me apetece nada casarme.

—Aún no —sonrió él.

Kelsey se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—Yo no quiero casarme. Nunca. No tengo el menor interés. Soy una organizadora de bodas. Una profesional.

—Desde luego que sí.

—Lo que pasa es que… no sé, es como si estuviera organizando mi propia boda —confesó Kelsey entonces—. ¿Tú crees que me estoy volviendo una futura novia?

Will soltó una carcajada. Una carcajada tan graciosa…

—No creo.
—Gracias.
—De nada. Anda, siéntate. Estás muy tensa.
Cuando Will empezó a darle un masaje en los hombros, Kelsey se puso más tensa todavía. Le gustaba. Le gustaba demasiado. ¿Y si era verdad? ¿Si se estaba convirtiendo en una futura novia?
—No puedo relajarme.
—Inténtalo.
—Vale.
Lentamente, los dedos de Will empezaron a hacer su magia. Los nudos de tensión que tenía en el cuello y en los hombros empezaron a desaparecer. Ella hubiera querido apoyar la cabeza en su pecho y… derretirse.
—¿Mejor?
—Sí.
—Cierra los ojos —Kelsey ya los tenía cerrados, pero no pensaba decírselo—. A ver, ahora que estás más relajada. ¿Qué pasa con esos marcos?
Mientras siguiera masajeándola, podía preguntarle cualquier cosa. Era peor que una tortura. Kelsey estaba a punto de cantar La Traviata.
—¿Qué quieres que diga?
—¿Por qué no quieres que estén grabados?
—Porque si Faith no aparece, podemos usarlos para la fiesta de tus padres.
—Ya —murmuró Will.
Durante unos minutos siguió masajeándola hasta que Kelsey prácticamente se había derretido.
Si la soltaba, caería sobre la mesa como una masa fofa.
—Gracias.
—De nada. Entonces, los marcos…
—Si están grabados y tu hermana cancela la boda, será dinero tirado a la basura. Como hubo que tirar las copas de la primera boda, las cajitas doradas de la segunda, los abanicos de la tercera y doscientos pañuelos de la cuarta.
—¿Pañuelos?
—Unos pañuelos de hilo con sus iniciales que…
—Déjalo. No quiero saber más —la interrumpió Will, haciendo una mueca.
—Bueno, ya sabes lo que yo quiero y lo que quiere tu madre. Tu voto es decisivo.
—Me abstengo.
—No puedes hacer eso —protestó ella.
—Podemos grabar la fecha, pero no los nombres.
Kelsey se quedó pensativa.

—Eso podría ser una solución. Eres un buen mediador.

—Es una habilidad necesaria cuando se tienen dos hermanas. ¿Alguna decisión más?

Ella miró su lista.

—Tenemos que pensar en los regalos para los invitados…

—¡Un momento! —exclamó Will, apartándose el flequillo de la frente—. Pensé que los marcos eran los regalos.

—No. Es donde vamos a poner el nombre de cada invitado.

—¿Por qué no les pedimos a Faith y Trent que hagan el favor de casarse en secreto?

—¿No lo dirás en serio?

—Claro que no, tonta —sonrió él.

Kelsey hizo una bola de papel y se la tiró a la cara, pero Will se apartó.

—Buenos reflejos. Y ahora, sobre los regalos… He pensado que podríamos encargar unas cajitas de madera y meter un corazón de cristal dentro. Es un regalo bonito.

—¿Podríamos? —repitió él, como si le hubiera pedido que se pusiera un tutu rosa.

—No es tan difícil.

—Pero yo no me encargué de eso ni en mi propia boda.

—Pues ya es hora de que lo hagas —sonrió Kelsey—. Además, no es nada difícil abrir y cerrar cajas.

—¿Abrir y cerrar cajas? ¿Cómo un carpintero?

Ella no pudo evitar una carcajada.

—Ya verás cómo te gusta.

11 de febrero.

¿Cómo había ocurrido?

Tres días más tarde, Will estaba paseando por el cuarto de estar. Las cajitas y los corazones de cristal estaban a un lado de la mesa y el resto de la parafernalia al otro. Aquello era una pesadilla.

Había estado una hora guardando corazones en las cajas, cerrando las tapas, colocando unas llavecitas diminutas… Tenía las manos demasiado grandes y estaba empezando a perder la paciencia. De modo que llegó a un acuerdo con Kelsey: ella se encargaría de las cajitas y él, de las llamadas y los recados.

En ese momento escuchó un maullido. Midas estaba sentado frente a la ventana con expresión melancólica.

—¿Qué pasa, Midas? ¿Un pájaro?

Otro maullido.

Cuando Will miró por la ventana, vio lo que llamaba la atención de su gato. Kelsey estaba en el jardín con la cabeza levantada, atrapando copos de nieve con la lengua. No llevaba gorro y la melena caía por su

espalda. Una melena preciosa que brillaba como la seda.

Estaba tan guapa jugando en la nieve, como una niña.

Will se puso la chaqueta y salió al jardín. El aroma a pinos se mezclaba con el humo de la chimenea. Era un olor maravilloso que le recordaba la Navidad.

—¿Te has cansado de cerrar cajitas?

Kelsey lo miró, sorprendida.

—Es que ha empezado a nevar y me he tomado un respiro.

—Me parece muy bien. Todos los recados están hechos.

—Me alegro —sonrió ella, abriendo los brazos y dando vueltas en la nieve. Con la melena suelta y el pañuelo de color lavanda flotando a su alrededor, parecía un hada—. Yo aún no he terminado.

—No pareces nada preocupada.

—Terminaré a tiempo.

No parecía la Kelsey de siempre, tan organizada, tan ordenada, tan precisa.

—¿Pasa algo?

—Nada. Estoy muy bien. Mira los árboles, las montañas, la nieve —dijo ella, tomando un puñado del suelo—. Es tan bonita. Tan limpia, tan blanca…

Su entusiasmo era contagioso. Will sonrió.

—Tienes que salir más de Los Angeles.

—Es que la nieve me trae recuerdos. Cuando era pequeña me gustaba mucho. Y a Cade también. Debió de ser estupendo crecer aquí.

—Lo fue.

Cuando Kelsey sacó la lengua para atrapar otro copo de nieve, Will sintió algo entre la entrepierna. Tenía que calmarse, se dijo. Nada había cambiado entre ellos. Nada iba a cambiar. Unos días más y podría seguir adelante con su vida. Pero la idea no era tan atractiva como debería.

—Cuéntame cómo fue crecer aquí.

—Maravilloso. Mis hermanas y yo solíamos tiramos bolas de nieve en invierno y regamos con agua en verano. Este jardín era como Wimbledon y Hollywood, todo junto.

—Una imaginación muy activa, ¿no?

Will asintió, sonriendo.

—Era mejor que ver la tele todo el día, pero acabábamos llenos de cardenales.

—¿Tus hermanas también?

—Hope y yo —admitió él—. Faith era la más bruta.

—Menudos vándalos —sonrió Kelsey.

—Siempre estábamos llenos de cortes y de chichones. Mis pobres padres se pasaban el día llevándonos al médico.

—Yo no pienso tener niños, así que me ahorraré todo eso. No podría soportarlo, me mareo viendo una lata de tomate…

—Seguro que lo soportarías.

—No, estoy mejor sin niños ni perros ni gatos.

—No lo dirás en serio.

—Claro que sí.

Will la miró como si la viera por primera vez.

—Pero estabas muy contenta con el embarazo de tu prima. Pensé que te gustaban los niños.

—No he dicho que no me gusten. Solo he dicho que no pienso tenerlos —dijo ella—. Cuando son de otros, es estupendo. Pero si son tuyos, acabas destrozándoles la vida.

El corazón de Will se encogió al pensar que Kelsey nunca tendría hijos.

—Pues es una pena. Serías una madre estupenda.

—¿Yo? ¿Una madre estupenda?

Su incredulidad era evidente.

—Te he visto con Midas. Tienes un don con las cosas pequeñas.

—Midas es un gato.

—Lo creas o no, tienes instinto maternal —insistió él—. Igual que mi hermana Hope. Ya lo verás cuando la conozcas. Y con todo lo que tuviste que soportar cuando eras niña, no cometerías los mismos errores que tus padres.

—Gracias por decir eso —murmuró Kelsey, apartando la mirada—. Gracias.

—No deberías abandonar la idea de encontrar el amor.

—Eso no funciona conmigo, Will. No vas a cambiar mi forma de pensar con halagos.

—No estaba intentando hacerlo —sonrió él, colocándole el pañuelo alrededor del cuello—. Lo que quería decir es que cualquier niño tendría suerte si tú fueras su madre. Y sería una pena que no tuvieras hijos algún día. Algún día.

Mirándolo a los ojos, Kelsey sintió como si algo que le había faltado hasta entonces hubiera dejado de faltarle.

—Ojalá pudiera creer…

—Claro que puedes. Tienes que creer, Kelsey.

Ella abrió los labios para decir algo, pero Will no le dio oportunidad.

La besó.

Sin saber por qué. Sus labios sabían a algodón dulce. Le encantaba besarla. Y si Kelsey seguía devolviéndole el beso, lo convencería para seguir cerrando cajas. Lo convencería de cualquier cosa.

Tenía que hacerla creer que era posible. Que todo era posible. Mientras se besaban, acarició su pelo y ella metió las manos por

debajo de su chaqueta. Era como estar en el cielo.

Los copos de nieve caían sobre sus cabezas, pero ellos no se daban cuenta.

A Will había dejado de importarle si estaba bien o mal. Había dejado de importarle que los besos de aquella mujer fueran más que simples besos. Había dejado de sentirse culpable. Era un momento perfecto y no lo cambiaría por nada del mundo.

Aquello no era solo un beso. Y Kelsey no era cualquier mujer.

Seguían besándose, apretándose el uno contra el otro. Cada vez que se apartaban un poco, ella suspiraba y Will se volvía loco. Se sentía el rey de la jungla, el rey del mundo. Buscaba sus labios una y otra vez.

La deseaba. La deseaba más de lo que nunca había deseado a…

Will se apartó, de repente.

Ella tenía las mejillas coloradas, pero no del frío.

—Yo…

—Lo siento —se disculpó Will.

Aunque no era cierto, no lo sentía. No había querido parar. Ni siquiera quería parar en aquel momento. Quería seguir besándola, seguir estrechándola entre sus brazos.

Y eso lo asustaba. No recordaba haber perdido el control de esa forma con Sara. Quizá lo había olvidado, se dijo.

Pero no podía mirarla a los ojos. Era como si ella pudiera leer sus pensamientos. ¿Cómo alguien con quien solo llevaba unos días podía conocerlo tan bien? Era todo tan… extraño. No podía apartarse de ella; era como una droga.

—No pasa nada. Ha sido algo espontáneo —dijo Kelsey entonces.

—¿Tú crees?

—No pasa nada, Will.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—¿No se supone que soy yo quien debe decir eso?

—Sí, pero también eres tú quien debería ser la romántica, no yo.

—Ya veo —sonrió Kelsey—. No hay mucho que decir. Nos hemos besado. Y no debemos volver a hacerlo.

—¿Por qué? ¿No te ha gustado?

—Me ha gustado mucho —admitió ella—. Pero esto no nos lleva a ninguna parte. Somos demasiado diferentes. Y lo primero es la boda de tu hermana.

—¿Te distraigo?

—A veces. Tus besos me distraen mucho —contestó Kelsey, con toda sinceridad—. ¿Me entiendes?

Will no estaba seguro. No estaba seguro de nada últimamente. Pero tenía razón.

—Vale. No más besos —asintió, suspirando.

Capítulo 9

12 de febrero.

Al día siguiente, Kelsey observaba caer la nieve desde la mesa de la cocina. Cansada, se frotó los ojos. Debería estar durmiendo, no allí, pensando en besos y en niños. Con Will.

Pero eso era exactamente en lo que había estado pensando durante casi toda la noche.

«No más besos», habían sido las palabras de Will.

El beso de Will la había llevado al cielo. Era lo que siempre había soñado, como siempre lo había soñado. Pero decirle que no debía haber más besos le había parecido lo mejor. Aunque sería más fácil dejar de respirar. Aún sentía los labios del hombre en los suyos, seguía sintiendo el calor de su cuerpo.

«Serías una madre estupenda», había dicho él.

La había dejado sin habla. Kelsey no quería que ningún hijo suyo tuviera que soportar lo que ella había soportado de pequeña, pero su aversión al matrimonio era más profunda que eso. Realmente creía que un niño tenía derecho a esperar que sus padres siguieran juntos siempre, que lo cuidaran con amor, sin peleas, sin separaciones, sin lágrimas. Por eso nunca se casaría, por eso nunca tendría hijos. Pero, de repente… ¿Por qué, de repente, la idea de tener un hijo le parecía tan maravillosa?

Will.

Will y sus ideas románticas.

Esa era la única explicación. Todas esas historias de familias felices y de amores eternos la estaban volviendo loca. Una parte de ella quería creer que eran ciertas, pero no podía cerrar los ojos a la realidad del matrimonio: infidelidad, infelicidad, divorcio. Había visto demasiado como para ignorar la verdad.

Necesitaba pensar en otra cosa, necesitaba una diversión. Cualquier cosa. Tomó el periódico y después de leer las noticias internacionales, pasó a la página de sociedad. Uno de los titulares llamó su atención: La pareja de oro de Hollywood se separa.

Justo lo que necesitaba par reafirmarse en sus principios.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

Cuando levantó la cabeza, vio a Will entrando en la cocina con Midas en brazos.

—Otra cliente que se divorcia. El marido ha tenido una aventura con una compañera de reparto.

—Qué lástima.

—Al menos, no tenían hijos —suspiró ella—. Pero les organicé una boda preciosa.

Will se encogió de hombros.

—Puedes organizar la mejor boda del mundo, pero si no hay amor entre dos personas es una pérdida de tiempo.

—Esa boda no fue una pérdida de nada. Fue una fiesta preciosa. Un día que los novios recordarán para siempre.

—Una boda y un matrimonio son dos cosas completamente diferentes —replicó Will—. Una boda es un evento pasajero. Un matrimonio es algo vivo, algo que crece cada día.

—Y que dura en muy pocos casos.

—¿De verdad crees que una pareja quiere recordar el día de su boda una vez que están divorciados?

—No lo sé. Pero me temo que ese es uno de los pocos buenos recuerdos que van a guardar —contestó ella—. ¿Puedo quedarme con el artículo?

—Por supuesto. ¿Vas a pegarlo en tu álbum?

—Sí.

—Los matrimonios de actores duran menos que los de la gente normal. Y supongo que eso reafirma tu creencia de que las parejas no duran para siempre. ¿Por eso te gusta organizar bodas para estrellas de cine?

—No solo organizo bodas para actores.

—Pero sabiendo que tienen pocas probabilidades de durar, sigues organizándolas.

—Es mi trabajo, Will. Yo no soy responsable de que se divorcien.

—Claro que no. Pero podrías ahorrarte tener que ver tantos divorcios si decidieras no trabajar con la gente del cine.

—El divorcio es un hecho en Hollywood y en Nueva Jersey. Además, si no quisiera organizar bodas para actores, no organizaría la de tu hermana.

—La organizas, pero no crees en ella.

—Eso es asunto mío —replicó Kelsey.

Will se sentó a su lado.

—El matrimonio puede durar para siempre, pero cuando uno está decidido a compartirlo todo con la otra persona. Cuando está decidido a acostarse todas las noches con ella y despertarse a su lado todas las mañanas.

—¿Despertarme al lado de la misma persona cada día de mi vida? La idea me da escalofríos.

—El matrimonio solo es de verdad cuando entre las dos personas existe un amor que puede con todo.

Quizá en su mundo, no en el de Kelsey. Para ella, el amor era algo que se rompía muy frecuentemente. Eso era lo que había visto toda su vida.

—No creo que yo vaya a sentir eso por nadie.

—Porque no has conocido al hombre de tu vida. Cuando lo hagas,

todo se pondrá en su sitio, como las piezas de un rompecabezas —sonrió Will—. No quiero discutir. Solo quiero que sepas lo que te estás perdiendo. El amor es algo precioso.

En ese momento, Kelsey se dio cuenta de lo afortunada que había sido Sara al encontrar a alguien como Will.

—Si tú lo dices…

Intentaba aparentar despreocupación, pero no era lo que sentía.

—Tendrás que averiguarlo por ti misma.

—¿Averiguar qué?

—Qué se siente al compartir todos tus secretos, tus alegrías y tus sueños con otra persona.

«Deja que los comparta contigo». Era un pensamiento que salió de su corazón y que hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—No lo creo —murmuró Kelsey, apartando la mirada.

—Ese hombre está en alguna parte, esperándote.

«No, está aquí mismo», pensó Kelsey sin poder evitarlo.

Will pisó el acelerador. No mucho porque seguía nevando y la carretera estaba llena de hielo. Su padre parecía tan emocionado por teléfono que estaba deseando ver a su madre fuera de la silla de ruedas.

Se sentía un poco culpable por dejar a Kelsey sola. Pero también se sentía aliviado. Tenía que apartarse de ella.

Aquella mañana le había dicho lo que tenía que decir sobre el matrimonio, el divorcio y el amor. Ella no quería oírlo, pero le daba igual. El amor era algo maravilloso y Kelsey tenía que saberlo.

El amor de su vida debía de estar en alguna parte y Will nunca había sentido tanta envidia de un extraño.

Entonces recordó a Sara. La dulce Sara el día de su boda. De repente, recordó a Kelsey probándose el velo, tomando a Midas en brazos y haciéndole carantoñas, jugando en la nieve… Los recuerdos de Sara y Kelsey se mezclaban en su mente de tal forma que casi lo mareaban. Afortunadamente, había llegado a casa de sus padres. Pero no salió del jeep enseguida.

Tenía la frente cubierta de sudor. El único sonido, el del motor del coche y el del limpiaparabrisas. Ese sonido era como el de sus pensamientos, yendo de Sara a Kelsey. De Kelsey a Sara. Will se pasó una mano por el pelo.

Los recuerdos de Sara seguían en su corazón. Kelsey no los había eclipsado, pero había creado sus propios recuerdos. Y en aquel momento, se sentía más confuso que nunca.

Aquello no podía estar pasando.

En la habitación, delante del espejo, Kelsey parpadeó, pero nada

había cambiado. No estaba soñando. Lo había hecho.

—Sea lo que sea, no puede ser tan malo —le estaba diciendo Christina por teléfono.

—Es horrible. Llevo puesto… el vestido de la novia.

¿Por qué lo había hecho? Si Faith se enterase, la mataría.

—¿Has perdido la cabeza? —escuchó entonces la voz de su prima.

Esa era una explicación.

Kelsey se puso de perfil. La falda caía elegantemente a sus pies… Estaba perdiendo la cabeza, seguro.

—Esto debe ser una violación de la ética de… los organizadores de esponsales.

—Quítate el vestido inmediatamente —le ordenó Christina. Estaba muy nerviosa. Debían de ser las hormonas. No debería haberla llamado—. ¿Por qué te has puesto el vestido?

Kelsey no estaba segura. Y culpar a los extraterrestres no sería buena idea.

—Pues… no sé. Estaba poniendo el velo al lado del vestido y, de repente…

—Ponerse un vestido no es algo que ocurra así como así —replicó su prima.

—No, me ha costado mucho trabajo abrochar todos los botones y…

—¡Kelsey!

En cuanto le entraron ganas de probarse el vestido, debería haber hecho la maleta y haber desaparecido de Tahoe. Debería haberse alejado de Will. Él era quien había provocado aquello. La culpa era enteramente suya y de las ideas románticas que le estaba metiendo en la cabeza.

—Es que como el velo es casi igual que el vestido…

—¿También llevas puesto el velo?

—Sí —contestó Kelsey ajustándose la diadema—. En mi defensa, diré que parece hecho para mí. Y juraría que el vestido me ha pedido que me lo probara.

—¿Un vestido que habla? ¿Con quién estoy hablando? ¿Quién ha secuestrado a mi prima Kelsey?

—No lo digo de forma literal. Ha sido algo… mágico. Y huele a rosas por toda la habitación.

—Eso es por mi ramo.

—¿Tu ramo? Tu ramo está en mi oficina.

—Pues… no sé. A lo mejor es la magia del anillo de San Montico.

—¿Tú crees?

—No. Pero estás muy rara.

—Me siento rara —suspiró Kelsey.

Y no era solo el vestido y el velo. Los ojos le brillaban, y no de vergüenza por lo que estaba haciendo. Si pudiera embotellar aquella

sensación y venderla, se haría famosa.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Christina, preocupada.

—Estoy organizando una boda.

—Has organizado cientos de bodas y nunca te has probado el vestido de la novia. Tiene que haber un hombre. ¿Cómo se llama?

—Will Addison. Es el hermano de la novia.

—Cuéntamelo todo.

—Estás embarazada y tienes muchas cosas en qué pensar…

—Cuéntamelo ahora mismo —le exigió su prima. Desde que era princesa, estaba insoportable.

Pero Kelsey obedeció. Le contó todo.

—Nunca había conocido a nadie como Will. Es inteligente, guapo, divertido, cariñoso, romántico. Me estoy enamorando, Christina. Pero nunca funcionaría porque él sigue enamorado de su difunta esposa. Incluso sigue llevando la alianza. Cree que su mujer era perfecta y su matrimonio también —explicó, con lágrimas en los ojos—. Will cree que solo hay un gran amor en la vida y que él ya ha tenido su oportunidad. Incluso me ha dicho que hay un hombre especial para mí en alguna parte, esperándome. ¡Otro hombre, Christina! Es horrible.

—No sé, Kelsey. Cuando conocí a Richard, yo no quería saber nada de un príncipe. Pero al final, todo ha salido bien.

—A ti —murmuró Kelsey, quitándose la diadema—. Tú siempre has creído en el amor. Además, el abuelo te llamaba princesa. Es el destino.

—Y a ti te llamaba «Campanilla».

—Sí, claro —suspiró ella—. Una enana con alas, enamorada de un chico que no quiere crecer nunca. Yo nunca había buscado a mi príncipe encantado. Y ahora que lo encuentro…

—¿Will es tu príncipe encantado?

Kelsey abrió la boca, sorprendida.

—¿Yo he dicho eso?

—Sí.

Cada día decía cosas más raras.

—Se me ha escapado. Ese hombre me está volviendo loca, con tanto amor eterno y tanto compartir y tanta historia.

—No puedes dejar pasar la oportunidad, Kelsey. Tienes que decirle lo que sientes.

—¿Cómo voy a decírselo si ni siquiera yo estoy segura de nada?

—¿No estás enamorada?

—¿Enamorada? No creo. ¿Cómo voy a estar enamorada?

—Pero si acabas de decirme que estás enamorándote de él…

—Yo ya no sé lo que digo, Christina.

—Pero si es amor…

—No es amor —la interrumpió Kelsey.

El amor era lo que hacía que las parejas se casaran. El amor era lo que destrozó a su familia. O, más bien, el desamor. El amor era, precisamente, lo que ella no estaba buscando.

Pero no sabía cómo describir los sentimientos nuevos que experimentaba desde que conoció a Will.

No podía ser amor. ¿O sí?

El viento soplaba con fuerza. Will no podía ver nada excepto la nieve que caía sobre el cristal de la ventana. Ni luna, ni nubes, ni árboles, ni montañas. Solo nieve, mucha nieve. Al menos, Kelsey estaría contenta.

Suspirando, abrió una botella de vino y la dejó sobre la mesa, al lado de un plato de queso y galletitas saladas. Después, encendió el estéreo y la música inundó el cuarto de estar. El toque final fue encender la chimenea.

De repente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo: la chimenea, la música de jazz, el vino. Solo faltaban unas velas…

En ese momento, oyó pasos en la escalera.

Cuando vio a Kelsey en la puerta, se quedó sin respiración. Llevaba el pelo suelto, como a él le gustaba. Incluso a aquella distancia, podía oler su perfume.

—¿Qué tal está tu madre?

No sabía cómo una mujer podía hacer que unos vaqueros y un jersey de cuello alto parecieran un traje de alta costura, pero ella lo conseguía.

—Muy bien. Incluso ha caminado un poco.

—Qué maravilla.

—Pero ha dicho que guardemos los aplausos hasta que pueda bajar la escalera.

—La entiendo —sonrió Kelsey.

—Parece tan diferente… —murmuró Will, mirando por la ventana de nuevo.

—Podría haber sido mucho peor.

—Lo sé. El riesgo de que sufra otra apoplejía es muy grande. Y eso la mataría o la dejaría completamente incapacitada.

—No debes pensar eso —dijo ella, tocando su brazo—. La vida es así, no podemos vivir pensando en lo que pasará.

—Si le ocurriera algo…

—Ha sobrevivido a una apoplejía. Y tu familia también ha sobrevivido.

—En eso te equivocas. Nos estamos hundiendo, como un barco sin capitán. Incluso hemos tenido que contratar a alguien para organizar la boda de mi hermana.

—La mayoría de la gente contrata personal para organizar una boda. No es nada fácil.

—No es solo la boda. Mi madre es la que une a toda la familia. Siempre lo ha sido. Y ahora, estamos sin capitán.

Kelsey sonrió.

—Bueno, pero hay un grumete.

—¿Quién?

—Tú, bobo. Estás trabajando mucho para que la boda de tu hermana sea perfecta. Eso es lo que habría hecho tu madre.

—O sea, que me estoy convirtiendo en mi madre. Justo lo que un hombre quiere escuchar —suspiró Will.

—Solo estás ocupando su puesto temporalmente —explicó Kelsey, echándose la melena hacia atrás, en un gesto que lo volvía loco.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacer que me sienta mejor.

—No seas tonto. Somos amigos —sonrió ella.

Will la miró con una expresión indescifrable.

—He sacado un poco de queso, por si tenías hambre.

—Qué bien. No he cenado.

—Había un plato para ti en la nevera.

—Se me olvidó.

—Trabajas demasiado —la regañó él.

—Es que… tenía que terminar unas cosas —dijo Kelsey, sentándose en el sofá—. Pero necesito comer. Quizá es por eso por lo que no estoy trabajando tan rápido como suelo hacerlo.

—No te creo.

—Es verdad. Los votos tienen que estar terminados para mañana. Así que solo me queda esta noche. ¿No te parece un poco raro?

—¿Qué?

—Que otra persona escriba los votos de una pareja. Si tú fueras a casarte, ¿no querrías escribir los votos tú mismo?

—Sara escribió los nuestros.

—Ah, claro.

—Faith está acostumbrada a leer frases que no son suyas. Lo hará estupendamente —sonrió Will.

—En fin… No puede ser tan difícil —dijo Kelsey, tomando un cuaderno—. Queridos hermanos, estamos reunidos aquí… por enésima vez…

—Para unir a Faith y… el nombre del novio lo dejamos en blanco, en sagrado matrimonio.

—Si alguien, excluyendo a los cuatro anteriores prometidos, tiene alguna razón para que este matrimonio no se celebre…

Los dos soltaron una carcajada.

—¿Ves? No es tan difícil.

—Pero aún no hemos hablado de los votos.

—Tenemos toda la noche para eso.

Las luces empezaron a perder fuerza en ese momento, y el estéreo dejó de sonar. De repente, se quedaron a oscuras.

—¿Qué ha pasado?

—La tormenta ha debido de tirar algún poste de la luz —contestó Will.

—Pues estamos listos.

—No te muevas. Voy a buscar una vela.

Mientras se dirigía a la cocina, Will dejó escapar un suspiro. Escribir votos matrimoniales con una mujer a la que quería besar, pero a la que no podía besar, no era exactamente la mejor forma de pasar la noche.

Pero nada le salía como él esperaba.

Esperando que Will volviera de la cocina, Kelsey se dejó caer sobre el respaldo del sofá. El sonido de los troncos en la chimenea, la respiración de Midas y el ruido de la tormenta llenaban el cuarto de estar. Estar a oscuras era relajante y quería disfrutar de aquel momento de paz.

A partir del día siguiente, no podría parar un minuto hasta que los novios se fueran de luna de miel. Dos días frenéticos. Dos días hasta que Faith Starr se casara con Trent Jeffreys. Tres días hasta que ella volviera a Los Angeles.

Se estaba quedando sin tiempo. Y tenía que decidir cuáles eran sus sentimientos por Will. Cuanto antes, mejor. Quería tener las cosas resueltas antes de marcharse.

Él volvió con dos velas, que dejó sobre la mesita de café. Aquella luz, el calor de la chimenea, la alfombra de piel de oso… Era el momento perfecto para un beso.

No más besos. Habían decidido que no habría más besos. Era lo mejor. Un beso más y…

Will echó otro tronco al fuego. Al hacerlo, Kelsey pudo ver la tensión en los músculos de su espalda y apartó la mirada, nerviosa. Tenía que trabajar, tenía que concentrarse.

Pero él tomó unos cuantos almohadones y los tiró sobre la alfombra.

—Ven, siéntate aquí, cerca del fuego.

Mala idea. Muy mala idea.

Con el cuaderno apretado sobre el pecho, Kelsey se unió a él en el suelo. Will le puso una manta sobre las piernas, y ese gesto hizo que algo se calentara dentro de ella.

—Gracias.

—¿Necesitas otra manta?

—No, estoy bien.

O lo estaría cuando su estómago dejara de dar saltos.

—Si no vuelve la luz, empezará a hacer frío. Puede que tengamos que dormir aquí abajo.

—Ah.

Dormir allí… juntos. El pulso de Kelsey se aceleró. ¿Quién necesitaba una manta para entrar en calor? Ella no.

—¿Qué tal una poesía?

—¿Perdona?

—Podríamos escribir una poesía como parte de los votos. Algo romántico. ¿Sabes alguna?

Ella cerró los ojos. Se imaginaba a sí misma frente al altar, con el vestido de novia, a punto de casarse con Will. La imagen era tan clara, tan vivida…

—Hazte mayor conmigo. Aún nos queda por vivir lo mejor… —las palabras salieron de su boca sin que se diera cuenta.

—Veo que te sabes a Browning de memoria.

—No, qué va. Creo que leí eso en alguna caja de cereales.

Él soltó una carcajada.

—No es verdad. Te gusta la poesía, no disimules. En el fondo, eres una romántica.

Kelsey estaba confusa. Algo le estaba pasando. Algo que no entendía.

—Simplemente, me gusta la poesía.

—¿Y si rescribimos algunos de los votos tradicionales?

—¿Quieres decir: Yo, Trent, te acepto como esposa, bla, bla, bla…?

—¿Bla, bla, bla?

—En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad y todo eso.

—Todo eso que te da escalofríos —sonrió Will.

—¿Quieres empezar?

—Es un honor —dijo él, acercándose un poco más—. Yo, Trent, te tomo como esposa…

—Eso ya lo he dicho yo.

—Solo me estaba calentando. Yo digo una frase, tú dices otra.

—Muy bien —murmuró Kelsey, buscando inspiración—. Hoy, frente a nuestra familia y amigos, prometo amarte y serte fiel.

—Eso está bien.

—Gracias.

—Prometo ser tu marido, tu amante y tu amigo.

La sonrisa de Will era tan sincera que Kelsey casi podía creer que le estaba haciendo a ella esa promesa. Quería que le hiciera esa promesa. Y quería hacérsela a él.

—Prometo estar a tu lado en los buenos y en los malos momentos.

La mirada del hombre la dejaba sin aliento. «Respira», se dijo a sí misma. Pero no necesitaba aire. Solo lo necesitaba a él.

Will se acercó un poco más.

—Pondré siempre por delante a nuestra familia y no dejaré que mi egoísmo me aparte de ti.

El final feliz de los cuentos.

Kelsey deseaba ese final feliz. Por primera vez en toda su vida. Podía imaginarse con un hombre a su lado, y ese hombre era Will Addison.

Y entonces se dio cuenta. Estaba enamorada de él.

Kelsey Armstrong Waters amaba a William Drake Addison IV. Lo amaba con todo su corazón y toda su alma.

—Prometo escucharte, reírme contigo, amarte…

El roce de la mano del hombre la puso nerviosa.

—Y cuando nuestro tiempo en este mundo haya terminado, nuestro amor seguirá aquí para toda la eternidad.

El corazón de Kelsey se encogió. Sí, amaba a Will, pero él creía en un solo amor, en un amor imposible de repetir. Nunca la amaría.

Will ya había encontrado a su verdadero amor.

Y no era ella.

Capítulo 10

13 de febrero.

Menudo final feliz. Solo quedaban quince minutos para empezar el ensayo y nadie sabía una palabra de Faith. ¿Cuándo iba a aparecer?

Bill y Starr estaban en el salón, hablando con el sacerdote. Ninguno de los dos parecía preocupado.

Hope, la dama de honor, parecía más cansada que ansiosa. En aquel momento, estaba en la cocina dando de comer a los niños. Era como Will la había descrito. Tenía una piel preciosa y el pelo corto le sentaba de maravilla. Afortunadamente, era una de esas mujeres que no necesitan maquillaje porque no tenía mucho tiempo con tres niños casi de la misma edad.

Will, de pie frente a la ventana, parecía nervioso. Ella hubiera querido abrazarlo, decirle que todo iba a salir bien.

«No le des este disgusto a tu familia, Faith», pensó Kelsey, mirando el reloj.

«No me des este disgusto a mí».

Aquella no era la boda que Starr había soñado, era la que Kelsey había soñado. Nunca le había pasado antes. Y no pensaba dejar que Faith lo estropeara todo. Era demasiado tarde, y tenía que aparecer como fuera.

Quería verla del brazo del novio, con el vestido y el velo de encaje. Quería que recitara sus votos y dijera: «Sí, quiero». Quería que Faith y Trent encontraran el amor eterno uno en brazos del otro.

Nada más y nada menos.

—Aquí llega —anunció Will.

Faith, con un abrigo de cuero negro y unas gafas de sol que ocultaban parte de su cara, entró en el salón al estilo de Hollywood. Después de abrazar a toda su familia como si no los hubiera visto en veinte años, se volvió hacia ella.

—Hola, Kelsey. Estás muy guapa.

—Gracias. Tú también.

La estrella de cine se quitó abrigo y sombrero y los colgó en la percha. Después, se pasó la mano por los rizos que todas las mujeres en América envidiaban.

—¿Trent y su hermano están en el hotel? —preguntó Will.

—Pues… —Faith se mordió los labios, unos labios que estaban asegurados en un millón de dólares, por cierto—. Trent no va a venir.

Kelsey se dejó caer en una silla. Siempre supo que existía esa posibilidad, pero había esperado que no ocurriera.

—¿No va a venir? —repitió Starr, incrédula.

—Pero si la boda es mañana.

—No va a haber boda —suspiró Faith.

Kelsey miró a Will, que se había quedado sin habla. Otra vez. Por quinta vez, Faith Starr volvía a cancelar una boda veinticuatro horas antes de que se celebrase.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre.

—Pues…

—¡Ah, aquí estás! —exclamó Hope, entrando en el cuarto de estar —. ¿Dónde está Trent? —preguntó. Los ojos de Faith se llenaron de lágrimas—. ¿Qué he dicho?

—No hay boda —dijo Will.

Los ojos de Hope se llenaron de lágrimas. Aquello empezaba a parecer una tragedia griega, pero nadie parecía interesado en preguntar por qué no iba a haber boda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Starr entonces, para eterna gratitud de Kelsey.

—Me he dado cuenta de que Trent no era… el hombre de mis sueños.

—Ven aquí, cariño —murmuró Bill, estrechando a su hija entre sus brazos—. Es mejor cancelar la boda antes que después. El matrimonio es un paso muy importante.

—Lo siento, mamá. Sé que querías que me casara con Trent, pero… no puedo.

—No pasa nada, cielo —sonrió Starr, apretando la mano de Faith. A pesar de lo absurdo de la situación, Kelsey sintió un nudo en la garganta, el amor entre madre e hija era tan evidente que le daban ganas de llorar—. Lo más importante es que seas feliz.

—Ya encontrarás al hombre de tus sueños —sonrió Hope.

—Hope y yo encontramos el amor y tú lo encontrarás también — intervino Will.

Faith asintió, con los ojos llenos de lágrimas. Kelsey sentía pena por ella. Sentía pena por una caprichosa estrella de Hollywood. Debía de estar loca. Le hubiera gustado ponerse a gritar, decirle a los Addison que todas esas historias sobre el amor eterno y sobre el hombre de sus sueños eran la causa de las cinco bodas que no se habían celebrado.

Cinco bodas, había organizado cinco bodas para Faith Starr sin resultado alguno.

El problema no era Faith, sino las irreales expectativas de aquella familia. La pobre solo estaba intentando no decepcionarlos. Kelsey estaba cada vez más enfadada. Con los Addison y consigo misma.

—Perdón —murmuró, levantándose de la silla.

—¿Qué ocurre, Kelsey? —preguntó Will.

Estuvo a punto de decirlo, lo tenía en la punta de la lengua. Pero aquella no era su familia.

—Tengo que hacer un par de llamadas para… organizar el

aniversario de mañana.

Kelsey se sentó en la cama, con la maleta abierta a su lado. Debía guardar sus cosas, pero aún tenía trabajo que hacer. La hermosa boda en la que Will y ella habían trabajado tanto era historia, pero aún tenían que organizar la fiesta de aniversario.

Estaba absurdamente triste. No se había sentido tan decepcionada las cuatro veces anteriores, pero aquella boda era diferente. Nunca había trabajado tanto, nunca había puesto tanto de sí misma. Había puesto su corazón en aquella boda que no tendría lugar.

Pero era más que eso. Mucho más que eso.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Entra.

—¿Qué tal? —preguntó Will.

Kelsey no quería decirle que estaba triste, no quería hablarle de las extrañas emociones que experimentaba.

—Bien.

—¿Vas a alguna parte?

—Ahora que se ha cancelado la boda, creo que debería alojarme en el hotel.

—¿Por qué?

—Pues… porque será más fácil para mí organizar la fiesta desde el hotel. ¿Cómo está Faith?

—Mejor. Ya se le pasará. Seguro que algún día…

—Por favor, Will.

—¿Qué pasa?

—Faith acaba de cortar con su prometido. No creo que sea el momento de hablar del hombre de sus sueños.

—No hay nada malo en decirle…

—Claro que lo hay. Si la dejarais en paz, ya estaría casada y con un par de niños. ¿No te das cuenta de lo que tu familia le está haciendo?

—No le estamos haciendo nada —protestó él.

—Estáis influyendo en su visión del matrimonio. Por eso ha cancelado cinco bodas. Es de locos.

—Estamos intentando ayudarla.

—Pues la mejor forma de ayudarla es diciéndole que comprometerse cinco veces con un hombre para cancelar la boda a última hora es de idiotas. Quizá algún día encuentre al hombre de sus sueños, quizá no. Pero dejad de insistir sobre el amor eterno, el final de cuento de hadas, el hombre del destino…

Kelsey no terminó la frase. ¿Por qué se resistía a creer en ello? Ella, como Faith, había permitido que sus padres influyeran en su forma de ver la vida.

Y era hora de cambiar eso.

Sus sentimientos eran nuevos. Por supuesto, había dudas e inseguridades, pero eso no significaba que estuviera equivocada. En la vida no hay garantías, ¿por qué iba a haberlas en el amor? Y ella se merecía un final feliz tanto como cualquiera.

—Nunca hemos querido…

—Lo sé, y también lo sabe Faith. Tu hermana encontrará el amor algún día, pero tenéis que dejar que lo haga ella sólita, sin presionarla.

—¿Te he oído bien?

Kelsey asintió.

—¿Qué dirías si…?

—¿Si qué?

Tenía que hacerlo. Tenía que preguntárselo antes de perder una oportunidad que podría lamentar durante toda su vida.

—¿Quieres venir conmigo a San Montico?

—¿A San Montico? —repitió Will, atónito.

—Quiero visitar a mi prima Christina y me gustaría que vinieras conmigo. Para ver si nos llevamos bien sin tener que planear una boda.

—No tenemos que ir a Europa para saber si nos llevamos bien.

—Podría ser divertido.

Will no contestó inmediatamente y el corazón de Kelsey empezó a latir con fuerza dentro de su pecho.

—Si digo que sí y nos vamos de viaje juntos, sabes que eso es lo único que puedo darte. Cuando volvamos, todo se habrá terminado. ¿Es suficiente para ti?

—No —contestó ella—. Antes de que tu familia insistiera tanto en el amor eterno y todo eso, podrías haberme interesado, pero ahora… ¿Ni siquiera quieres intentarlo?

—No hay nada que intentar.

Era como si le hubieran dado una bofetada.

—Veo que me he equivocado.

—Perdona, no quería…

—Sí querías —lo interrumpió Kelsey. No podía olvidar a Sara y nada de lo que ella hiciera cambiaría aquello—. No pasa nada.

No pasaba nada porque no la quisiera, porque no quisiera intentarlo con ella.

El amor dolía mucho. Era como si acabase de encontrar su corazón para perderlo inmediatamente después.

—No quería hacerte daño, Kelsey. Me gustas mucho.

Le gustaba. No la amaba. Pero ella solo aceptaría el amor. El amor

de verdad, ese del que tanto hablaba la familia Addison.

—Eres un hipócrita.

—¿Cómo?

—No haces más que hablar del amor, pero no lo quieres para ti. Tú y yo somos iguales, solo que yo soy más sincera sobre mis sentimientos.

—Lo intenté tras la muerte de Sara, pero no se puede reemplazar a alguien perfecto —intentó explicar Will.

—Tú mismo dijiste que nadie es perfecto.

—Esto es diferente.

—¿Por qué? ¿Es más fácil mirar el pasado a través de un cristal de color rosa?

—No me hagas esto, Kelsey.

—¿Hacer qué? ¿Decir la verdad?

—Lo hemos pasado bien. ¿No podemos dejarlo así?

—Me parece que no nos queda más remedio.

—No quiero que me odies.

—No te odio. Yo… —Kelsey casi se echó a reír cuando se dio cuenta de que había estado a punto de decir que lo amaba—. Quiero darte las gracias. Tú y tu familia me habéis abierto los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que a mí también me gustan los finales felices.

—¿Eso incluye el matrimonio? —preguntó Will, sorprendido.

—Solo el tiempo lo dirá. Por el momento, quiero ir despacio. Admito que nunca creeré lo del amor eterno, pero sí quiero encontrar un amor de verdad —sonrió Kelsey, echándose la melena hacia atrás —. Lo que no sé es cómo tú puedes vivir sin él.

«No te alejes de ella», parecía decirle una vocecita mientras salía de la habitación. Pero Will no le hizo caso. Sabía que salir de aquella habitación era una de las mayores estupideces que había hecho nunca.

Pero no tenía alternativa.

—No funcionaría —dijo en voz alta, en la cocina—. Yo ya tuve mi oportunidad.

—¿Hablando solo, hermanito? Pues debe de ser algo serio.

Cuando se volvió, Will se encontró con Faith.

—No me pasa nada.

—Entonces, ¿por qué parece como si hubiera muerto tu mejor amigo?

Porque así era. Aquel pensamiento lo golpeó como un martillo. Pero Kelsey no era su mejor amiga. Apenas la conocía.

—¿Esto tiene algo que ver con Kelsey?

—¿Por qué dices eso?

—He notado cómo os mirabais. ¿Qué está pasando aquí?

—Nada —contestó Will.

—Te gusta Kelsey, ¿verdad? —preguntó Faith entonces. Su hermano no contestó—. Ya veo. ¿Por qué no haces algo?

—Sara.

Faith apretó los labios.

—No sacrifiques una segunda oportunidad por un recuerdo.

—Sara es más que un recuerdo. Era toda mi vida.

—Ya sé cuánto la amabas. Yo también la quería, pero nadie sabe lo que habría pasado si hubiera vivido.

—¿Qué quieres decir?

—Tu matrimonio.

—Mi matrimonio era… maravilloso —Will no se atrevió a decir «perfecto».

—Claro que sí. Pero, ¿quién sabe lo que habría pasado?

—¿Has estado hablando con mamá?

—No.

—Yo quería a Sara. Siempre la querré.

—Pero ya no está, Will. Y Sara no querría que pasaras el resto de tu vida solo.

—No estoy solo.

—Estás solo —insistió su hermana—. Y ya es hora de que te des cuenta. Dile adiós a Kelsey si quieres, pero no cierres los ojos.

Después de eso, Faith salió de la cocina, tan dramática como siempre. Pero, aquella vez, no podía estar más equivocada.

Will se puso la chaqueta. Tenía que salir, tenía que alejarse de todo el mundo. Necesitaba aclarar su cabeza.

Mientras observaba los árboles cargados de nieve, pensó en Sara. La vida con ella había sido perfecta. Y su matrimonio, una luna de miel interminable.

Una luna de miel.

Will recordó la carta de su madre. «Una larga luna de miel». Así lo había llamado ella. Y eso había sido. Una luna de miel que duró dos años.

Su madre tenía razón. Faith también.

Will se pasó la mano por el pelo. Sara y él se querían, vivían el uno para el otro, pero su matrimonio no había sido real, porque él siempre estaba viajando y ella estaba en la universidad. No tuvieron tiempo de estar juntos y vivir el día a día.

Lo que Kelsey y él habían compartido durante los preparativos de la boda era más de lo que compartieron Sara y él.

Había sido tan fácil agarrarse a aquella fantasía. Agarrarse a la

imagen de un amor eterno… Porque era seguro. Porque le impedía volver a poner el corazón en alguien y perderlo después.

Perder a Sara había puesto su mundo patas arriba y no estaba seguro de poder sobrevivir si le ocurría de nuevo.

Pero la red de seguridad que protegía su corazón había desaparecido. La apoplejía de su madre empezó a romperla, pero fue Kelsey quien la destruyó del todo.

Tenía que enfrentarse con la verdad. Tenía que decirle a Kelsey que había cometido un error. Necesitaba que ella fuera parte de su vida.

Aquel día, al día siguiente. Para siempre.

Capítulo 11

Kelsey vio el sol asomando por entre las nubes. La nieve cubría el suelo, las ramas de los árboles y el techo del cenador adornaban el jardín. Pero aquel paisaje de sueño le parecía, entonces, gris y desolado.

Era hora de hacer la maleta. Sacó su ropa del armario y la colocó sobre la cama. Si no lo tuviera todo organizado para la fiesta de aniversario, tendría cosas que hacer, pero no era así. Todo estaba preparado y tenía mucho tiempo para pensar en Will. Y sentía como si su corazón estuviera vacío.

Kelsey dobló un jersey rojo de cachemir. Puso toda su energía en ello, intentando no sentir nada, intentando no pensar en nada.

El rechazo de Will le dolía. Como si le hubieran quitado un trozo del corazón. Con el tiempo, la herida curaría, los recuerdos desaparecerían.

Sobreviviría. Había sobrevivido a la ruptura de sus padres. Sobreviviría a un corazón roto. Tenía una vida interesante. Tenía amigos, familia y un trabajo estupendo. No iba a morirse porque Hill Addison no la quisiera. Todo lo contrario. Estaba empezando a vivir.

Kelsey iba a guardar el jersey en la maleta, pero encontró a Midas metido dentro.

—Lo siento, cariño. No puedes dormir aquí —sonrió, acariciándole la barriguita. Quizá necesitaba una mascota. Alguien a quien pudiera querer, alguien que la quisiera—. Ojalá pudiera llevarte conmigo, pero tu papá no me dejaría.

«Tu papá».

Una imagen de Will rodeado de niños apareció en su mente. Kelsey cerró los ojos. Podía verlos, oírlos, sentirlos. Los hijos de Will. Sus hijos.

La profundidad de la emoción hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

¿Qué le estaba pasando? Aquel era un cambio de ciento ochenta grados. Una mascota era una cosa, pero hijos… Era como si su reloj biológico se hubiera despertado repentinamente. Y lo único que Kelsey quería era salir corriendo.

—Voy a echarte de menos —murmuró, enterrando la cara en la barriguita de Midas.

—¿Y a mí? —escuchó entonces la voz de Will—. ¿Vas a echarme de menos?

—Pues… —empezó a decir ella. No quería decirle la verdad. ¿Para qué? Will no quería arriesgar su corazón—. No lo creo.

—¿No?

—Midas no tiene miedo de pedir amor.

—Midas es un gato.

—Un gato macho, por cierto.

—Tenemos que hablar, Kelsey.

—¿Hablar? —repitió ella, dejando a Midas sobre la cama—. No hay nada de qué hablar.

—Hay mucho que discutir.

—Perdona, pero ya has dejado claros tus sentimientos. Es mejor que lo dejemos así —replicó ella, guardando un pantalón en la maleta—. No te preocupes por mí. Me habría gustado que esto terminase de otra forma, pero no voy a quedarme en casa, llorando.

—¿Dónde vas?

—A buscarlo.

—¿A buscar qué? —preguntó Will.

—Al hombre de mis sueños —contestó Kelsey, doblando cuidadosamente una blusa—. En alguna parte tiene que estar. Solo tengo que encontrarlo.

—¿Y si es él quien te encuentra a ti?

—Eso me lo pondría más fácil.

—Tú nunca aceptarías la salida más fácil. Al contrario que yo.

—¿Cuándo has…?

—Durante toda mi vida, me han puesto las cosas en bandeja —la interrumpió él—. El trabajo, los estudios, Sara… ¿Recuerdas cuando me preguntaste si había intervenido en la organización de mi boda?

—Sí.

—No tuve que hacer nada, ni siquiera fui yo quien le propuso matrimonio. Sara tenía toda nuestra vida planeada desde que estábamos en el instituto. Yo no hice nada más que sentarme y disfrutar del paseo. Era muy fácil con ella —siguió Will, dando un paso adelante—. Tú no eres tan fácil.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Y te respeto por ello. Yo, por el contrario, siempre he estado escondiéndome. Escondiéndome de la verdad, de mis miedos…

—No tienes que decirme todo eso, Will —lo interrumpió Kelsey.

—Tengo que hacerlo. Quiero otra oportunidad.

El pulso de Kelsey se aceleró.

—No puede ser.

—Claro que puede ser. Los dos hemos cambiado —dijo él, mirándola a los ojos.

—Pero no lo suficiente.

—Dame otra oportunidad. Por favor.

La sinceridad de su ruego le rompía el corazón. Sin embargo, seguía habiendo algo… Sara.

—No puedo competir con un fantasma, Will.

—No tendrás que hacerlo. Amé a Sara y ella siempre tendrá un lugar en mi corazón, pero llevo demasiado tiempo escondiéndome detrás de ese amor… y de este anillo —dijo él entonces, quitándose la alianza—. No me había dado cuenta hasta que te conocí. He usado el recuerdo de Sara para que nadie más pudiera romperme el corazón, pero no quería verlo —añadió, guardando la alianza en el bolsillo—. Hasta que te conocí.

A Kelsey le temblaban las piernas de tal forma que tuvo que sentarse en la cama.

—No sé qué decir.

—Sara ya no está. Y yo no puedo cambiar eso. Por mucho que lo intentes, la vida te da lo que te da. No quiero perderte —dijo Will entonces, tomando su mano—. Sé que apenas nos conocemos, pero te quiero. He retentado evitarlo. He intentado decirme a mí mismo que no podía ser. Pero te quiero, Kelsey.

Ella no había esperado escuchar esas palabras. Y no eran suficientes.

—¿Por qué me quieres?

—Porque me encanta cómo sonríes, me encanta cómo frunces el ceño cuando algo no te gusta. Me encanta que puedas ser cínica y, a la vez, terriblemente romántica. ¿Quieres que siga?

—Sigue.

—Me gusta que no tengas miedo de decir lo que piensas, me gusta mirarte a los ojos y que, al hacerlo, se me olvide hasta mi propio nombre. Te quiero, Kelsey. Más de lo nunca hubiera podido imaginar. ¿Es suficiente?

—Por ahora —contestó ella, intentando controlar las lágrimas—. Oh, Will. Yo también te quiero.

—¿Por qué? Yo también quiero saber.

—Vamos a ver… Te quiero porque le das galletitas a Midas cuando crees que nadie te ve. Me encanta tu optimismo, tu idealismo y tus besos. Me encanta tu dedicación a la familia y cómo me has hecho desear tener una familia propia. Algo que nunca antes habría imaginado. Durante toda mi vida, he sentido que me faltaba algo y lo he encontrado contigo. ¿Suficiente?

—Por ahora —sonrió él, besando sus dedos—. Di que me darás una oportunidad, Kelsey. Cásate conmigo, no te cases conmigo, lo que quieras. Me da igual, siempre que podamos estar juntos para siempre.

—Me gusta eso.

—A mí también.

—Puede que no te acostumbres a no llevar alianza.

—¿Perdona?

—Como tu familia no puede adoptarme, supongo que esta es mi

única oportunidad de formar parte de los Addison. Kelsey Armstrong Waters Addison suena bien. Y podría pensar en varias razones más, si me das un minuto.

—Pensé que íbamos a ir despacio —rió Will.

—Como tú crees en las tradiciones…

—Pero si ni siquiera hemos salido juntos.

—No, pero hemos planeado juntos una boda. Eso es como salir cuatro o cinco meses.

—Yo diría un año.

—Yo nunca he salido con nadie durante un año —sonrió Kelsey—. ¿Entonces?

—Esto es una locura.

—¿El amor no suele ser una locura?

—En este caso, sí —rió Will, con los ojos brillantes—. Kelsey Armstrong Waters, ¿quieres casarte conmigo?

—Solo pienso casarme una vez, y quiero que todo sea perfecto. ¿Te importaría ponerte de rodillas?

—¿Alguna otra cosa?

—Supongo que no tendrás una carroza blanca y una docena de rosas.

—Me temo que no —suspiró él.

—Bueno, da igual. Estoy preparada.

Will clavó una rodilla en el suelo y tomó su mano.

—Cásate conmigo, Kelsey. Sé mi esposa —le dijo, con voz ronca. Aquello era como música en sus oídos—. ¿Kelsey? ¿Te encuentras bien?

Ella tenía los ojos cerrados.

—Estoy disfrutando el momento.

—No olvides que estoy de rodillas, esperando una respuesta.

—Vale.

—¿Y?

—Me casaré contigo.

Will la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué tal si nos casamos mañana?

—¿Mañana? ¿No es demasiado pronto? —preguntó Kelsey, un poco mareada.

—No creo que haya una boda mejor para nosotros. Lo tenemos todo planeado.

Era cierto. Y quizá a Faith no le importaría prestarle el vestido… Aquel olor a rosas que la llevaba persiguiendo desde que llegó a Tahoe, apareció de nuevo.

—¿Tú hueles a rosas?

—¿Qué?

—No, nada —sonrió ella. Debía de ser una señal. Aunque no necesitaba ninguna. Su corazón le decía que había tomado la mejor decisión de su vida—. Una boda el Día de los Enamorados es algo muy romántico.

—Se me ocurre algo mejor —dijo Will.

—¿Qué?

—Una luna de miel que empiece el Día de los Enamorados.

—¿Con final feliz y todo?

Él la besó en los labios, con ternura.

—Eso, por supuesto.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Epílogo

14 de febrero, Día de San Valentín.

El día de su boda. Kelsey estaba en la escalera, con su padre del brazo. La barandilla de caoba estaba decorada con hiedra y rosas blancas. Era tan romántico como lo había imaginado el primer día, cuando entró en la casa. La casa de Will, la que sería su casa. El olor a rosas la hacía sonreír.

Casi era la hora.

El cuarteto de cuerda empezó a tocar en el salón. Kelsey hubiera querido pellizcarse para comprobar que aquello no era un sueño, pero no quería arrugar el vestido. Faith se lo había ofrecido al saber que iba a casarse con su hermano y ella aceptó, encantada. Nadie, excepto Christina y, algún día, Will, sabría que se lo había probado.

Christina.

Era la única que faltaba. Su prima había querido asistir, pero eran doce horas de vuelo desde Europa. Aún así, Kelsey sabía que estaría con ella en espíritu, deseándole lo mejor.

«Hay algo mágico en el amor». Se lo había dicho Christina una vez. Y tenía que ser magia. Si no, no podía explicar lo que había pasado durante las últimas dos semanas. Lo que estaba a punto de pasar.

Sus damas de honor, Faith y Hope, descendieron la escalera a los acordes de la música. Era el *Romance* para cuarteto de cuerda de Mozart. Su pieza favorita.

—Aunque te cases, siempre serás mi niña —le dijo su padre al oído —. ¿Estás preparada, cielo?

Kelsey sonrió. Su padre había volado a Tahoe en cuanto supo que iba a casarse, y ella se lo agradecía.

—Preparada.

Cada paso la acercaba a Will, a su nueva vida. Frente a la chimenea estaban el sacerdote, su hermano Cade y Will.

Will.

Sabía que estaría guapísimo con esmoquin. Estaría guapísimo con cualquier cosa. O sin nada. Aquella noche lo sabría. Kelsey no pudo evitar una sonrisa traviesa.

El amor que brillaba en sus ojos la dejaba sin aliento. El cariño, el amor, la euforia llenaban su corazón. Y le gustaba. Se sentía más viva que nunca.

Su padre le dio un beso en la mejilla y la dejó al lado de Will. Él tomó su mano, sin dejar de mirarla a los ojos. Kelsey vio su futuro en ellos. Un futuro de amor, de felicidad. Una familia, la que siempre había soñado.

Will no podía apartar los ojos de ella.

Nunca había visto una novia más guapa en toda su vida. Kelsey estaba radiante. Tenía luz en los ojos y en la sonrisa. No se podía estar más bonita.

—Los contrayentes han escrito sus propios votos —anunció el sacerdote—. Kelsey, cuando quieras.

Ella miró a los ojos de su futuro marido.

—Yo, Kelsey Armstrong Waters, te acepto, William Drake Addison, como esposo. Hoy, delante de familiares y amigos, te prometo amor y fidelidad… —aquella mujer inteligente y maravillosa iba a ser su mujer. Will se sintió lleno de orgullo. Era el hombre más afortunado del mundo—. Y prometo estar a tu lado en los buenos y en los… malos momentos.

Su voz se había roto al decir aquello y él apretó su mano con fuerza, emocionado.

—Prometo escucharte siempre, reírme contigo, amarte… —empezó a decir.

Dos noches antes, había dicho aquellas mismas palabras. Todo había cambiado desde entonces, y no podía sentirse más feliz.

Entonces, llegó el momento de intercambiar los anillos.

—Con este anillo, yo te desposo… —murmuró, tragando saliva.

Kelsey observaba charlar y reír a los invitados. Todo el mundo parecía muy alegre. Y ella lo estaba más, al lado de su marido.

Su marido.

Le gustaba esa palabra.

Will se inclinó para besarla. La había besado tantas veces desde la ceremonia que Kelsey había perdido la cuenta.

—Lo único que queda es tirar el ramo —le dijo al oído—. ¿Qué tal si lo hacemos y nos vamos de aquí?

—Es la mejor oferta que me han hecho en toda la noche —sonrió ella.

Todas las chicas solteras se reunieron en el centro del salón. Faith no se colocó con ellas y Cade tuvo que empujarla. ¿Cade y Faith? No podía ser. ¿O sí?

Kelsey se volvió y tiró el ramo por encima de su hombro. Cuando se volvió, vio que Faith tenía el ramo en la mano y lo miraba como si fuera un pañal sucio.

—Ya sabes lo que significa eso, ¿no? —sonrió, mirando a Will—. Faith será la próxima en casarse.

—Yo que tú no tendría muchas esperanzas, mi amor.

«Mi amor». Ella suspiró, encantada.

—Tengo la impresión de que no va a poder evitarlo.

—No me gusta decirlo, pero he llegado a la conclusión de que mi

hermana pequeña no se casará nunca —suspiró su marido.
—Nunca digas nunca —rió Kelsey—. Hazme caso.

Fin